



PABLO DE SANTIS
TRASNOCHE



www.loqueleo.santillana.com

© 2014, PABLO DE SANTIS
© 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4664-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Cubierta: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

De Santis, Pablo
Trasnoche / Pablo De Santis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Santillana, 2016.
216 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4664-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

TRASNOCHE

PABLO DE SANTIS

loqueleq

El hombre de tiza

El cine Lux estaba en una calle oscura, casi escondido por las ramas de los árboles. La sala pertenecía a una escuela parroquial, y se usaba para actos escolares, pero los sábados a la noche daban dos películas de terror. Las funciones empezaban a las nueve y terminaban a la una de la mañana. Los espectadores nunca éramos más de diez, incluido el acomodador. Con Isabel y Fernando, mis amigos, asistíamos a todas las funciones, y luego emprendíamos temblando el camino de regreso.

Teníamos doce años, y a esa edad se aprende una cosa muy importante: el cine es solo la mitad de la película. La otra mitad es conversar. En el camino hablábamos de monstruos. Hablábamos de Igor y del resto del personal doméstico que suele atender en castillos, laboratorios y mazmorras. Hablábamos del miedo.

Una noche, frente a la puerta de su casa, Isabel nos preguntó:

—¿Qué es lo que les da más miedo?

No recuerdo qué dijimos. Tal vez *Cuentos de ultratumba* o *La noche de los muertos vivientes*, pero ella interrumpió:

—No hablo de películas. Hablo del miedo de verdad.
Para animarnos a hablar dijo:

—Punto uno: prohibido reírse cuando los otros cuenten sus miedos. Punto dos: no valen libros ni programas de televisión. Punto tres: lo que más me asusta son los ruidos de una casa vecina, todas las noches, como si afilaran cuchillos.

Isabel me miró con insistencia, y al cabo dije:

—A mí me dan miedo los perros.

—¿Cuáles perros? ¿Los Doberman?

—Todos. No tengo preferencias.

—¿Incluidos los chihuahuas? —preguntó Fernando.

—Incluidos los chihuahuas.

A pesar del punto uno, se rieron. Fernando quiso cambiar de tema, pero al final dijo:

—A mí lo que me da más miedo es el hombre de tiza.
Nunca habíamos oído nada semejante.

—No valen películas —recordó Isabel.

—No es una película.

—¿Qué es?

El dedo de Fernando trazó una figura en el aire.

—Es un dibujo en un pizarrón.

Era muy tarde y estábamos hablando en voz alta. Alguien nos chistó desde una ventana, e Isabel entró rápido en su casa.

El fin de semana siguiente la función se suspendió por un corte de luz (en esa época eran muy frecuentes) y nos volvimos a ver recién a los quince días. Como los

tres íbamos a colegios distintos, solo teníamos el cine como lugar de encuentro.

Después de la película a Fernando le tocó explicar qué era el hombre de tiza:

—Voy a una escuela que está a la vuelta de casa. Es muy grande, ocupa casi la mitad de la manzana. Un lunes de abril, cuando la maestra entró en el aula descubrió un dibujo en el pizarrón. Era una figura humana, una silueta. No estaba bien dibujado. Tenía ojos grandes, unas orejas puntiagudas, pero nada fuera de lo normal. Los ojos miraban fijos, sin vida. Y las manos tenían solo tres dedos cada una.

—¿Te da miedo un dibujo? —pregunté—. Un dibujo se puede borrar. Los perros no.

—El problema no es que yo le tenga miedo. El problema es que todo el mundo le tiene miedo. La maestra quiso borrarlo, y no pudo. El trazo era de tiza, pero no se podía borrar, como si le hubieran pasado una mano de barniz. Trató de dar clase como todos los días, pero el dibujo la distraía, la desanimaba. Al segundo día la maestra se enfermó y no volvió en una semana. Nos mandaron una suplente. La directora ordenó cambiar el pizarrón por otro.

—¿Y qué pasó con el hombre de tiza?

—El portero de la escuela trató de lijar la superficie, para que el pizarrón se pudiera volver a usar. Se lo llevó al patio, y trabajó durante toda la mañana, sin poder borrar la figura. Empezaban los primeros fríos, y el hombre se enfermó. Estuvo diez días sin venir. La directora se dio por vencida e hizo llevar el pizarrón a la biblioteca. Todavía está allí. Le pusieron una sábana

encima, para que nadie lo vea. Desde que está ahí nadie entra a la biblioteca.

—¿Y por qué no lo tiran?

—Es una escuela pública, hay que hacer trámites antes de tirar un pizarrón nuevo a la basura.

Nos miró.

—A eso le tengo miedo yo. Y veo por sus caras que ustedes también.

—Nos asustó porque es de noche —dijo Isabel—. Pero si fuera de día, no nos asustaría nada.

—Además no hay nada que no se pueda borrar —intervine.

—Si no me creen, vengan a verlo ustedes mismos.

—Sabés que no podemos hacer eso —dijo Isabel—. No somos alumnos de tu colegio.

—Desde el patio de mi casa se puede saltar al patio del colegio. Yo lo hice tres veces. ¿Qué? ¿No se animan?

En vez de ir al cine el sábado siguiente fuimos a la casa de Fernando. Vivía solo con el padre, que trabajaba en un restaurante hasta tarde. A mí no me interesaba ningún dibujo en ningún pizarrón, lo único que me importaba era que Fernando no quedara como el único valiente frente a Isabel.

Trepamos una pared baja y saltamos al patio de la escuela; por una pequeña ventana entramos en un cuarto donde había escobillones y escobas. Empuñando la linterna, Fernando nos guio por los pasillos de baldosas negras y blancas. Entramos en la biblioteca. Había paquetes con libros atados en el piso, un par de pupitres rotos, mapas enrollados. Apoyado en el suelo, estaba el pizarrón, grande, cubierto con una sábana.

—Acá está —dijo Fernando.

Arrancó la sábana e iluminó con la linterna la superficie negra. Yo no llegué a ver nada, pero Fernando dio tal grito que eché a correr hacia la salida, y estuve a punto de perderme en los pasillos en penumbras. Es así la vida de un varón; una larga preparación para recibir el título de héroe, y en un segundo todo lo echamos a perder.

No hablamos hasta estar de nuevo en la casa de Fernando.

—Nos asustaste en serio con tu grito —le dijo Isabel—. No se hacen esas bromas. En el pizarrón no había nada.

Bastó mirar los ojos de Fernando para ver que no nos había hecho ninguna broma.

—El pizarrón estaba vacío —dijo.

—¿Y?

—El hombre de tiza se escapó.

Retomamos las idas al cine, pero Fernando siempre terminaba hablando del hombre de tiza.

—Siento que a veces está ahí. Que cuando salgo de mi cuarto, mira mis cosas, mi ropa, mis zapatos. El otro día encontré una huella de tiza en la tapa de un libro.

Isabel trató de tranquilizarlo:

—Muchas veces sin darnos cuenta nos apoyamos en el pizarrón. Todos terminamos manchados de tiza.

—No, son las huellas que deja él. En los discos, en los zapatos, dentro de los cajones, aunque estén cerrados con llave.

Fernando estaba raro, y eso hizo que las idas al cine agotaran su encanto. El cine es solo la mitad de la película. Como volvíamos caminando en silencio, la otra mitad la perdíamos.

Al año siguiente los tres entramos en el secundario. Un sábado esperé en vano a mis dos amigos en la puerta del Lux, y al final entré solo a ver la película. Apenas terminó salí de la sala, sin esperar la segunda. Meses más tarde volví a encontrarme con Isabel, pero me dijo que el cine de terror había dejado de interesarle, que las películas le parecían tontas, para chicos. Una tarde toqué el timbre en la casa de Fernando y una mujer me dijo que se había mudado, no sabía adónde.

Ya estaba en tercer año cuando volví a ver a Fernando en el primer piso de un Pumper Nic, una casa de hamburguesas que dejó de existir hace tiempo. Yo estaba solo, estudiando. Al día siguiente tenía que dar un examen de matemática. Trataba de concentrarme en los problemas, pero todo me distraía, y miraba la cara de cada uno que entraba en el salón. Entonces lo reconocí. Fernando estaba altísimo, muy delgado, y vestía uniforme de colegio privado: un blazer azul con un escudo, camisa blanca, pantalón gris, corbata azul.

Tuve que decirle mi nombre para que me reconociera, entonces se dibujó en su cara una sonrisa triste.

—Claro que me acuerdo. Las idas al cine. A Isabel la vi un tiempo más.

Como ya no éramos amigos, podíamos decirnos la verdad. Los dos aceptamos que Isabel nos había gustado siempre. Después miró mi carpeta y me ayudó a resolver

un complicado problema de aritmética. Con paciencia y lentitud, como si le hablara a un niño de tres años, me explicó los procedimientos para llegar a la solución.

—No me imaginaba que sabías tanto de números.

—Soy buen alumno. Me saco diez en todo —dijo sin vanidad, con resignación—. Los números me ayudan a liberarme, a descansar.

Me extrañó que dijera eso. ¿A quién podían hacerlo descansar los números? Después hablamos de cine, de su colegio, de su padre, hasta que al fin dije lo que no debería haber dicho.

—¿Te acordás de tu hombre de tiza?

Pensé que no se acordaría, o que se reiría de su viejo miedo. Pero me agarró de la mano con fuerza y apretó hasta que me dolió.

—Nunca debí haber mirado lo que había en el pizarrón. No hay que jugar con el hombre de tiza.

Y eso fue todo lo que dijo. Yo quise disculparme pero no me dio tiempo. Lo vi alejarse entre las mesas con pasos de sonámbulo. Antes de que se perdiera de vista descubrí, en el blazer azul, a la altura del hombro derecho, una huella blanca. Tres dedos de tiza.

—¿**L**e molesta si me siento acá? —preguntó el hombre gordo. El hombre flaco, que estaba dormitando, abrió los ojos. Miró la cara del otro. El vagón estaba vacío. Se encogió de hombros.

—Le agradezco —dijo el hombre gordo, y acomodó su portafolio de cuero en el asiento vecino—. Ya sé lo que usted está pensando: qué pesado. Todo el vagón vacío, y este viene a sentarse justo frente a mí.

—No hay problema, siéntese donde quiera.

—Pero no quiero que piense que lo hago solo por ser pesado. Tengo una buena razón para haberme sentado aquí. ¿Adivina cuál es esa razón?

—Tal vez tenga ganas de conversar.

—Si fuera así, buscaría a alguien con aspecto de conversador. Pero usted dormía. Además tiene sobre su maletín un libro. Una historia de la magia. Usted, en los viajes, o duerme o lee. No conversa.

—Puede ser —dijo el hombre flaco con fastidio.

—Entonces debo tener otra razón. ¿Adivina cuál?

—No soy adivino.

—No es adivino. Pero es mago. Por eso me senté frente a usted: lo reconocí. No tiene el frac ni la galera, ni se ha engominado el pelo. Parece mucho más joven que cuando está sobre escena...

—Le agradezco...

—... pero igual lo reconocí. Soy muy fisonomista. Lo vi actuar en el teatro Regio.

—Esos eran buenos tiempos...

—Me encantó el truco de la jaula. Y el de las espadas.

—Habría visto que no es el truco tradicional de las espadas. Le añadí...

—El cambio de la muchacha por el puma. ¡Magnífico! El hombre flaco suspiró.

—Era la época de los grandes trucos. Ahora hago cosas más sencillas. Barajas, conejos y palomas. Ni siquiera tengo asistente.

—Bueno, en mi modesta opinión es en los trucos de barajas donde se ven los verdaderos magos, ¿no?

El hombre flaco no respondió. Miró por un momento el paisaje. El campo infinito.

—¿Y esa chica tan delgada y tan bonita? —quiso saber el hombre gordo—. Era muy flexible, entraba en cajas, en jaulas...

—Entró en la habitación del dueño del teatro. Y no salió.

—Y ahora usted va por los pueblos...

—En los teatros de las grandes ciudades ya no hay lugar para la magia. Pasó de moda.

El hombre gordo se indignó:

—¡La magia nunca va a pasar de moda!

—La magia tal vez no. Los magos, sí.

El hombre gordo guardó silencio por un momento, como si estudiara sus palabras. Después dijo:

—¿Puedo darle mi humilde opinión? Yo creo que lo que echó a perder la magia es la costumbre de los magos de divulgar los trucos.

—¿Le parece?

—Es mi teoría, modestamente.

—No creo que eso tenga influencia. Siempre hubo gente que adivinó los trucos.

—Ya lo sé. Pero hay una especie de filosofía en no revelar los trucos. La filosofía de la magia. La palabra "filosofía" tal vez sea inadecuada; digamos: la ética de la magia. Yo considero a los magos que revelan los trucos como traidores.

—¿"Traidores"? —se extrañó el hombre flaco—. ¿No es un poco exagerado hablar de "traidores"?

—En absoluto —dijo el hombre gordo—. Le pongo un ejemplo lamentable: el mago Fantástico. Se puso a revelar los trucos de los grandes maestros: El jarrón chino, Las flores invisibles, La mujer decapitada... Años de silencio y de pronto él estaba ahí, dando explicaciones. ¡Hasta prometió explicar el truco de la ballesta!

En ese momento el guarda, vestido con un viejísimo uniforme gris, pasó a pedir los boletos. Un silbato plateado le colgaba del cuello. El hombre gordo y el hombre flaco buscaron en sus bolsillos los boletos: cartoncitos de color blanco y amarillo. El guarda los agujereó con su máquina y siguió su camino.

El hombre flaco retomó la conversación, con un dejo de melancolía en su voz:

—Fantástico murió el mes pasado. Nunca llegó a explicar el truco de la ballesta.

—Leí la noticia en el diario. Si me permite, le diré que no le dieron el espacio que merecía. Estaba preparando un truco con pólvora, ¿no?

—No. Él jamás hacía trucos con pólvora.

—¿Y cómo fue que...?

—Alguien lo hizo volar por los aires.

—¿Es posible que haya sido un mago rival? ¿O estaba metido en algún amorío?

—La verdad, que no lo sé. Lo mataron, eso es todo.

El hombre flaco parecía ahora bruscamente desanimado. Se puso a mirar por la ventanilla. Pero al cabo de un rato, el hombre gordo le dijo:

—Yo igual no me animaría a criticar al asesino.

—¿Qué está diciendo? ¿Le parece bien que maten a un mago solo porque prometió revelar un truco?

—Yo, como humilde aficionado que soy, admiraba a Fantástico. Pero tengo que ser realista. La traición al oficio es lo peor que hay. No es una traición a una persona determinada, es una traición al legado de los grandes magos. Es vender el alma. Es perder el corazón. Sé que es una época difícil para los magos, pero es justamente en los tiempos difíciles cuando se pone a prueba la fuerza de la tradición, los valores que nos gobiernan.

—¿Es usted mago?

—Yo solamente puedo hacer desaparecer una moneda. No, soy un admirador de la magia. Y casi me atrevería a decir: un especialista en magia.

—¿Y hasta dónde llegan sus conocimientos?

—Los he visto a todos. De joven llegué a ver a Fumanchú y hasta me compré algún truco en el Bazar Yankee. Pero no me salió: soy muy torpe con las manos. Uno siempre admira los dones que no posee, ¿verdad? También tengo ciertos libros sobre historia de la magia. Libros en francés y en italiano, comprados en librerías de viejo. Y también me permití comprar su libro... *Magia sin truco*. Excelente en verdad.

—Muchas gracias. Me extraña que haya podido encontrarlo. Hice una pequeña tirada, para los amigos.

—Pequeña es la tirada, pero grandes son los trucos que difunde allí.

—Son algunos trucos muy sencillos, para los niños.

El hombre gordo se golpeó el muslo con la mano.

—Otra vez lo mismo. Usted distingue entre pequeñas traiciones y grandes traiciones. No hay diferencia. Ahí está nuestro desencuentro. No se trata de que una pequeña traición no sea una traición. El deber es no traicionar. Un mago puede ser malo y que se le vean los trucos. Pero si no hay voluntad de traicionar, no es un traidor.

—Es su manera de ver las cosas.

—Le voy a poner otro ejemplo. Imagine que en una plaza se juegan dos partidas de ajedrez. En una los jugadores tienen un juego incompleto: han tenido que reemplazar un alfil y un peón con un botón y una chapa de gaseosa. A pesar de esta dificultad, cada uno trata de ganar. En otra mesa, en cambio, dos jugadores juegan con un ajedrez de madera profesional, con reloj y todo. Pero a uno de los jugadores no le interesa ganar,

solo quiere entretener al otro. De las dos partidas, ¿cuál es la más auténtica?

—La primera.

—Así es. Porque la voluntad importa más que las cuestiones formales. De la misma manera, la voluntad de traicionar, por pequeña que sea, importa más que los efectos de esa traición.

El hombre flaco parecía cansado de la conversación. Bostezó. El hombre gordo no estaba dispuesto a callar.

—En la última página de su libro usted promete explicar, en un nuevo volumen, el truco de la ballesta, el gran truco de Fantástico.

—El libro saldrá el mes que viene... si junto la plata para pagar la edición. Vamos a ver cómo vienen las funciones de este fin de semana.

—Ese anuncio me indignó. Yo me acuerdo perfectamente del truco de la ballesta. Fantástico ponía la manzana en la cabeza de la chica, se ubicaba de espaldas a ella, cerraba los ojos y disparaba. Pasaban unos segundos: Fantástico decía que la flecha estaba recorriendo la Tierra a gran velocidad. Al rato la flecha, venida de la nada, atravesaba la manzana justo por la mitad.

—¿Me va a pedir que le explique el truco? Va a tener que comprar el libro... si es que sale.

—No. Si usted empezara a contar el truco yo me escaparía para no oírlo. No le digo que no tenga curiosidad, pero me sentiría cómplice de esa traición.

El hombre flaco miró su reloj pulsera.

—Faltan cinco minutos para que lleguemos.

—Así es —dijo el hombre gordo. Abrió su portafolio y sacó un gran revólver negro.

—¿Es de verdad? —preguntó el hombre flaco.

—Me temo que sí.

—Es tan grande que parece de mentira. Como los que usan los payasos.

—De los revólveres que tienen los payasos sale una banderita que dice *Pum*. De este salen balas de verdad.

El hombre gordo se acercó al hombre flaco, como si fuera a hacerle una confidencia:

—¿Sabe cómo era la bomba que escondí en casa de Fantástico? Una bomba negra, redonda, con la mecha colgando, como las que usan los payasos. Y aunque parecía de utilería estalló, así como este revólver va a disparar. El mundo está lleno de cosas de mentira que parecen de verdad. A mí me gustan las cosas de verdad que parecen de mentira.

El hombre flaco miró el gran revólver con alguna preocupación.

—¿Y así seguirá, matando a todos los magos que revelan sus trucos?

—Así seguiré. No puedo hacer magia, pero puedo cuidar el secreto de la magia.

—¿Y si yo hiciera aquí el truco de la ballesta? Sería mi último truco.

—¿Sabe cuál es el truco de los que están amenazados de muerte? Hablar. Todos lo hacen y a nadie le resulta.

—No necesito hablar. Lo puedo hacer en silencio.

Al hombre flaco no le temblaba la voz, pero era evidente que se estaba tomando la situación con mucha seriedad.

—Falta la chica —dijo el hombre gordo.

—Puedo reemplazarla.

—Con qué.

—Con usted.

—Tampoco tenemos una ballesta...

—Puedo hacer la mímica...

El hombre flaco hizo la mímica de cargar una ballesta. Luego disparó.

—Tampoco tenemos una manzana —dijo el hombre gordo—. Tenía una, pero me la comí.

—¿Le digo un secreto? La manzana no es importante. Es solo para distraer al público.

—No haga más bromas. Trabajé en esta escena durante largo tiempo. Seguí sus pasos semana tras semana. Le pido que terminemos con la seriedad que el asunto merece.

—No —dijo el hombre flaco—. Soy yo el que preparó la escena, el que trabajó día tras día, el que lo hizo venir aquí, a este vagón.

Una duda se dibujó en la cara del hombre gordo.

—Soy el que cuida el secreto de la magia —dijo.

—Pero yo soy el mago.

El hombre gordo se puso de pie y le apuntó al pecho.

—Que esa sea su última ilusión.

Apenas dijo esto, una flecha se clavó en la cabeza del hombre gordo. Era una saeta de madera con punta de acero. Entró por su nuca con un ruido a rama que se quiebra. La punta cónica salió por su boca. El hombre gordo quedó un instante con los ojos abiertos, como si admirara la sorpresa de ese truco final, y luego cayó sentado sobre el asiento.

A falta de aplausos, el tren hizo sonar su bocina. Ya se acercaba a la estación. Siempre hay algo de

tristeza en la bocina de los trenes, pensó el hombre flaco. Se puso de pie y tomó su pequeña valija. Ya era hora de bajar. Miró al hombre gordo, por fin en silencio y dijo, como si continuara la conversación:

—Usted tiene razón: es en los pequeños trucos, con monedas o barajas, donde se ven los verdaderos magos. Pero hay que reconocer que los grandes trucos también tienen su encanto.

El estuche del violín

I

Mi padre reparaba violines. Nunca les presté atención hasta que una noche, durante una lluvia torrencial que abrió goteras sobre mi cama, tuve que ir a dormir a su taller. Los violines colgaban del techo: algunos enteros, otros desarmados y con las cuerdas sueltas. Oí los crujidos que improvisaba la madera y el sonido de las cuerdas, tan sensibles que bastaba el pesado movimiento de la Tierra sobre su eje para hacerlas vibrar.

Esa noche decidí que sería violinista.

II

Era bueno; al menos lo suficiente para que mi maestro me dijera:

—¿Por qué no das una prueba en el Teatro Colón? Tenés dos meses para prepararte. Yo podría haberlo hecho de joven, pero nunca me animé.

Yo tenía veinte años y solo había visto el teatro en fotografías. Si el mundo tenía un centro, estaba allí.

Viajé en tren. Pasé dos días en casa de una tía de mi padre que me obligó a probarme un traje que me quedaba grande y que olía a lavanda, y bajo la lavanda, a naftalina.

Llegué al Colón con esa impuntualidad al revés que siempre me impulsa a llegar con desmedida antelación. Las puertas estaban cerradas. Caminé hasta un café de mesas de mármol y pedí un cortado y una medialuna. Miré mi mano, que temblaba: la mano que en una hora más, a las diez, sostendría el arco y resolvería mi destino.

De pronto oí unas palabras que no tuve tiempo de responder:

—¿Me permite? Somos colegas.

Y el desconocido ya se había sentado a mi mesa. Estaba sin afeitarse y con el traje arrugado. Llevaba un estuche de violín que apoyó en la silla, junto al mío.

—¿Viene a dar la prueba?—pregunté.

—No. Vengo a este café porque me gusta hablar con los colegas jóvenes, los que aún tienen esperanzas, los que creen que este teatro es...

Buscó la palabra, y me pareció que la arrancaba de mis pensamientos:

—...el centro del mundo.

Empezó a contar su vida sin que yo le preguntara nada. Había tocado en la Ópera de París y en medio del Amazonas y en Pekín; en Venecia había estado en la fiesta del conde Fabbro, famosa en la historia de la ciudad porque el baile de máscaras terminó en una catástrofe, a causa del agua que subió de pronto y hundió a los invitados en el lodo. Hubiera querido creerle alguna cosa,

pero su traje raído, su camisa remendada y sus zapatos gastados desmentían cada palabra.

Se hizo un silencio artificial. Mi compañero de mesa dio un golpecito sobre la caja de su violín.

—¿Sabe lo que tengo aquí dentro?

—Un violín.

—¿Oyó hablar de Max Damp? Dentro de la caja está su mano derecha.

Miré la hora. No quería perder los últimos minutos de concentración hablando con un loco. Pero como insistía sentí curiosidad. Había oído hablar de Damp, mi maestro lo había mencionado al pasar: un violinista austriaco, muerto alrededor de 1875.

—Ábrala —pedí.

—Le dejo ver la mano por cien pesos.

Ahí está el truco, pensé. Solo se trata de un embuste musical.

—No tengo más que para este café —respondí.

—No puedo hacer concesiones. Vivo de lo que hay en esta caja.

Miré el reloj de la pared: quince minutos para la prueba.

—Si me paga el café, le cuento cómo llegó la mano hasta mí. Las enciclopedias de la música no dicen nada sobre la muerte de Damp.

Acepté, me venía bien la distracción. Doce minutos.

Perdió tiempo en hablar de Damp y su fama de mujeriego. Hubo en su vida una tal condesa Donatti cuya relación duró un año entero...

—El conde, el esposo, se enteró y retó a Damp a un duelo en las afueras de Viena. Al norte de la ciudad,

detrás de un palacio, en cuyo frente había unas estatuas...

—Ahórrese la descripción, estoy apurado.

Siguió hablando. Siete minutos. ¿Tendría tiempo de morir Max Damp, antes de que yo debiera correr hacia la puerta del teatro?

—El duelo fue largo. El conde había elegido el sable. Damp aceptó, a pesar de que no sabía usarlo. Prefería el florete, que tiene más afinidad con el violín. Empuñar el sable, en cambio, es como tocar el contrabajo. Se necesita fuerza y un innato sentido de la gravedad. Damp estaba convencido de que iba a ganar: siempre había creído que había una relación entre la música y el movimiento de los planetas. Como era músico, los planetas, que deciden la suerte de los hombres, lo acompañarían.

—¿Y el duelo? —apuré.

—Damp hirió al conde, pero su triunfo lo distrajo y recibió un tajo...

—En la mano...

—No, en la garganta. Cayó muerto sobre la nieve. El conde estaba menos celoso de Damp que de su mano derecha. Todos la amaban por cómo tocaba el violín, él la odiaba por cómo acariciaba a la condesa. La cortó de un solo golpe, y la arrojó a lo lejos. La mano voló sobre los castaños...

Las diez en punto. Me levanté sin tiempo para oír qué había ocurrido con la mano cortada.

Ya estaba en el teatro, pero faltaban todavía las escalinatas de mármol y el hall, y dar explicaciones a los porteros, y cortinados púrpuras y butacas vacías. En

las primeras filas, bien alejados unos de otros, unos pocos músicos esperaban el momento del llamado. Oí mi nombre y casi no pude contestar. El director de orquesta me esperaba en el centro de la escena, con una impaciencia que parecía de horas. Había llegado el momento de la prueba. Cuando destrabé del cerrojo del estuche, me di cuenta de que no era el mío.

—¿Qué está esperando? ¿La inspiración? —preguntó el maestro—. Hay otros treinta que esperan su turno. Toque de una vez.

Sobre el atril estaba la partitura del quinteto para cuerdas que Franz Schubert había escrito en 1828, el último año de su vida.

Cerré los ojos y abrí el estuche. Respiré: en la caja había un violín, viejo y golpeado.

Empecé a tocar sin siquiera mirar si tenía todas las cuerdas en su sitio. Algo me tranquilizaba: a diferencia de los otros competidores, no tenía motivo alguno para temblar. Había perdido toda esperanza.

III

Fui aceptado en la orquesta y allí estuve durante treinta años. Llegué a ser solista, conocí otras ciudades, pero no hubo ningún otro centro del mundo para mí. (El centro del mundo está donde uno lo puede encontrar y en el momento preciso; un día después desaparece). Pero no es de mi carrera de lo que quiero hablar, sino de una noche de invierno.

Yo salía de una función cuando encontré en una plaza al hombre que me había cambiado el violín. A pesar del pelo blanco y de la ropa gastada, estaba en esencia igual.

Sentado en un banco de piedra, con el estuche —mi estuche— a su lado, miraba el vacío. Lo reconocí de inmediato.

—¿Se acuerda de mí? —pregunté.

Me miró.

—Conocí a tantos colegas en todos estos años.

—Usted me cambió el violín.

—Una confusión más, en una vida de confusiones.

Siéntese.

Me invitó con un gesto firme, como si fuera el dueño del banco y los árboles y los toboganes vacíos.

—Seguí con interés su carrera a través de los diarios —me dijo.

—La historia que me contó aquella mañana me puso nervioso. El duelo de Max Damp, la mano cortada. Y cuando tuve que abrir el estuche, y vi que no era mi violín, perdí toda esperanza. Pero toqué igual, y toqué tan bien que me contrataron. Pero durante un momento, justo antes de abrir la caja, pensé que realmente encontraría la mano de Damp.

—¿Y qué tocó?

—El primer movimiento de la última pieza para cuerdas que compuso Schubert.

El violinista se rio. Yo había tocado en todas partes, tenía un nombre, él era nadie.

—A pesar de todas sus mentiras, me sobrepuse y gané.

—¿Cree que fue su mano la que tocó esa mañana?

—seguía sonriendo—. ¿Cree que la mano de Damp le hubiera dejado tocar a Schubert, su favorito?

Ahora estaba serio. Me arrancó de las manos el estuche y lo cambió por el suyo y dio un golpecito sobre

la caja que ahora volvía a pertenecerle. Dijo una última cosa y se marchó a través de la plaza.

Desde entonces la música fue distinta. Nadie más lo notó, pero yo sí noté que faltaba algo. La música que yo tocaba era apenas música. El vínculo entre el violín y los planetas se había perdido.

—Yo no le menté —Seguirían sonando en mis oídos las últimas palabras del desconocido—. En esta caja está la mano derecha de Max Damp.

...

El caballo de porcelana

...

Cuando mi padre murió, yo hacía cinco años que no lo veía. Se había ido en barco, y durante los meses que siguieron a su partida escribió unas cartas que luego se convirtieron en postales y al fin en vagos telegramas, hasta que el correo cesó por completo. Con otra persona se hubiera pensado: "Algo malo debe haberle ocurrido". Con él no. La ausencia era un rasgo de su carácter. Cumplí dieciocho años un jueves de diciembre de 1980; el lunes siguiente llegó una carta escrita por el capitán de un barco de la marina mercante: mi padre había muerto en un hotel de Génova.

Ese mes mi madre se fue a vivir a Mar del Plata, a la casa de su hermana, y yo me quedé solo en el enorme case-rón del barrio de Boedo. Me preparé todo el verano para dar el examen de ingreso en la Facultad de Medicina, que al fin rendí, agotado por las noches en vela. A comienzos de marzo fui a buscar las notas. Una multitud llenaba el hall de la facultad: algunos saltaban y daban gritos de alegría y otros, la mayoría, se sentaban abatidos en las escale-ras o deambulaban por los pasillos como sonámbulos.

Era difícil distinguir a los más exaltados de los más tristes, porque el llanto era el mismo. En unas infinitas planillas, pegadas con cinta scotch en las paredes, encontré mi nombre y el puntaje: 170 sobre 200. Un promedio alto, que me aseguraba el ingreso. Yo no salté ni abracé a nadie.

Enseguida me puse a pensar en las dificultades que me esperaban: estudiar, trabajar y mantener la casa, pródiga en caños agujereados, cables viejos y goteras. Debía además comprar muchos libros: los más caros eran los de anatomía. Pasaba las noches preguntándome hasta cuándo podría seguir con la carrera. Fue entonces cuando llegó la valija.

La traje a mi casa el capitán Rand, el mismo que había enviado la carta con la noticia de la muerte de mi padre. Rand era todo lo que uno espera de un capitán de barco: tenía la barba blanca, fumaba en pipa y tomaba media botella de whisky sin parpadear. Dijo que había sido su amigo; lo dijo con vacilación, como si mencionar a mi padre y a la amistad en una misma frase fuera incurrir en un extravío o una paradoja. Mi padre, me contó, había sufrido un ataque cardíaco, pero no había muerto de inmediato, había llegado a recuperar la lucidez durante algunas horas:

—Entonces me dijo que regalara toda su ropa a los pobres de una iglesia católica, y que te trajera esa valija tal como estaba. Doy por cumplidas las dos cosas.

El capitán Rand dio unos pasos tambaleantes por la sala y puso en mi mano una llave diminuta.

Era una valija de cuero negro de las viejas; en una etiqueta estaba el nombre de mi padre. Yo me quedé

un rato quieto sin animarme a abrirla. Por mucho que nos imponíamos el escepticismo, la esperanza se abre paso, tenaz, por donde puede. Cómo no desear que adentro hubiera algo que me salvara: un puñado de billetes, un reloj de oro, cualquier cosa que pudiera vender, o quizás —pero esto era pedir demasiado— una carta donde mi padre explicara su larga huida por el mundo, que la muerte había perfeccionado. Recordé un refrán que decía mi tío Franco: “La vida siempre tiene la última palabra”, y le dejé a la valija la palabra final. Puse la llave y la abrí.

En el desorden provocado por las largas peripecias y los bamboleos del barco, había una serie de objetos sin sentido ni valor: un libro escrito en francés, un pequeño frasco de tinta verde, unas viejas cartas con sus sobres, atadas con una cinta amarilla, una mano con articulaciones, como las que usan de modelo los pintores, algunas monedas de distintas épocas y países, envueltas en un paño negro, una muñeca japonesa de madera. Las cartas estaban escritas en alemán y eran de una mujer desconocida; nunca supe qué decían. Lo más extraño de todo era un caballo de ajedrez de porcelana. Era blanco, y a un lado de la cabeza tenía pintado un único ojo azul.

Mis esperanzas de obtener un peso de aquellas baratijas eran mínimas; pero necesitaba sacar la valija de mi vista. No me molestaban los objetos incongruentes, sino la ausencia de una carta o una sola línea dedicada a mí.

No tardé ni un día en llevarle la valija a Franco, el hermano mayor de mi padre.

Mi tío Franco tenía un negocio de antigüedades en la calle Medrano, cerca de la avenida Corrientes. Al revés de mi padre, Franco se ocupaba con devoción de su familia (su mujer, su única hija) y siempre me había tratado con una mezcla de afecto y distancia. Era un hombre alto, de ojos claros, que parecía ligeramente ausente, como si de tanto estar entre muebles y cosas viejas un pedazo de él fuera incesantemente arrebatado por el pasado. Apenas me vio con la valija, me preguntó:

—¿Te vas de viaje?

Pero yo murmuré el nombre de su dueño, y le tendí la llave dorada. Antes, solo, yo la había abierto con lentitud (así es como se frotan las lámparas mágicas y se abren los cofres en los cuentos), pero él lo hizo con desinterés y brusquedad. Miró los objetos y solo dijo:

—Tu padre, tu padre...

El predicado de la frase fue un largo silencio.

—¿Hay algo de valor? —pregunté.

Suspiró.

—Tal vez se pueda vender la muñeca. Hay coleccionistas que pagan bien. Pero depende de que pertenezca a una colección, de que no haya sido restaurada...

Conversamos de mis primeras clases en la facultad, de mis trabajos ocasionales (la desgrabación de algunas materias de la facultad, una suplencia en Botánica en un colegio secundario) y abandoné la valija con el alivio con que se despachan los equipajes en los aeropuertos.

Tres meses después ya estaba a punto de abandonar la facultad. El padre de un amigo me había ofrecido un

trabajo de ocho horas en una compañía de seguros. Podría ganar lo suficiente para mantener la casa. Más adelante retomaría la carrera. Esta mentira me la decía en voz alta, para resultar más creíble. En esas deliberaciones estaba cuando mi tío me llamó. Caminé hasta el negocio. La valija ya no estaba a la vista. El caos de muebles, jarrones y cristalería se la había tragado. Franco sonreía:

—Aunque no lo puedas creer, vendí el libro.

Me tendió unos billetes. Alcanzaría para salir del apuro en que estaba metido.

—¿Tanto?

—El libro recopilaba unas cartas de un tal Argenson, un amigo del filósofo Voltaire. Pero no era valioso por eso, sino por no sé qué detalle de la encuadernación y porque estaba impreso en caracteres elzevirianos. A los bibliófilos les gustan esas cosas raras que uno ni nota. El librero buscó en unos catálogos, estudió el lomo con una lupa y pronunció una cifra que me sorprendió. Tengo años de práctica en poner cara de póker, así que dije que lo pensaría. Pasé el resto del día visitando a todos los libreros anticuarios de la ciudad. Se lo vendí al que me ofreció más.

Miré los billetes.

—Es el primer regalo que mi padre me hace en años —le dije.

—Ya era hora.

Empecé a noviar con una estudiante y luego con otra, y no hay nada como el romance para que nos distraigamos de todo. Dejé que pasaran los meses sin una sola visita a mi tío. Cuando me aparecí en su negocio, yo andaba al borde de la ruina. Mi tío estaba de mal

humor —una señora que acababa de enviudar quería venderle una lámpara y le pedía una fortuna—, pero me dijo que se ocuparía del asunto en cuanto tuviera un minuto libre.

Una semana después me llamó por teléfono.

—Decidí probar suerte con las monedas. Había una que parecía muy antigua, la fecha estaba borrosa, y le tenía algo de confianza. Pero parece que su valor era nada. En cambio, las dos monedas polacas, grandes y plateadas, las acuñaron justo antes de la invasión alemana y por eso son una rareza. Me ofrecieron setecientos dólares. Las vendí sin consultarte.

Fui corriendo al negocio. Llegué sin aire: me esperaba mi tío en la puerta, sentado en una mecedora thonet, con un sobre en la mano. Insistí en vano en dejarle una parte de comisión.

—No puede ser casualidad —dije después—. ¿Y si mi padre decidió entregarme algo valioso pero que estuviera escondido, a salvo de las miradas? Tal vez desconfiaba del capitán Rand.

—Puede ser —dijo mi tío, no muy convencido—. Pero no esperes que todo tenga valor. Aunque tu padre haya reunido estos objetos a propósito, puede haberse equivocado: no era ningún experto en antigüedades.

Los primeros años de la facultad habían estado marcados por la zozobra y los aplazos; los cambié por la convicción y los siete cincuenta. Las sucesivas novias ocasionales derivaron en una novia única, bonita y persistente; mis empleos transitorios, en un puesto en un laboratorio. Me pareció que vivir era como leer novelas policiales: uno

iba pasando de las múltiples pistas al indicio verdadero, de los abundantes sospechosos al asesino final. Uno aprendía a resumir, a subrayar lo importante.

La valija colaboró con esa serie inevitable de progresos y abdicaciones que nos traen los años. Cuando enfermó mi madre, las estampillas de las cartas resultaron ser un tesoro; cuando apareció una vieja deuda inmobiliaria, la tinta verde fue vendida al Museo de Plumas de Sintra, en Portugal. La mano la compró una Academia de Bellas Artes: y así me enteré de que era un modelo fabricado en un taller de carpintería de Cartagena de Indias. La valija estaba casi vacía, pero yo ya estaba a punto de obtener mi título.

—Solo queda el caballo de ajedrez —dijo mi tío—. Pero ahí no tengo ninguna confianza. Las otras cosas estaban completas; el caballo, en cambio, es la parte de un todo que no sabemos dónde está.

El caballo no me preocupaba. No tenía el mismo apremio que antes por el dinero. A lo que no me resignaba era a que la valija estuviera vacía del todo. Era como si todavía esperase de mi padre un último objeto, un mensaje final.

Una tarde mi tío pasó a verme y nos sentamos en un bar de la avenida Boedo. Yo pedí un café; él, un vaso de vino tinto y soda.

—Estuve investigando la pieza —dijo con tono misterioso.

—¿Y?

—Fui a curiosear a la biblioteca del Club Torre Negra, ¿lo conocés? —Negué con la cabeza—. Parece que en la

ciudad de Darmstadt, en Alemania, cerca de Fráncfort, hay un Museo de la Porcelana. Y ahí tienen un juego de ajedrez al que le falta una pieza. En los años treinta robaron uno de los caballos blancos. Como el museo viene ofreciendo —a modo de curiosidad, más que de esperanza— una recompensa por la pieza, ya varias veces les enviaron falsificaciones. Voy a escribirles, quién sabe, mirá si esta es la verdadera.

Pero a los dos meses mi tío, en el mismo bar, me contempló con tristeza:

—Les envié el caballo, como te había contado. Y me acusaron de querer estafarlos, malditos alemanes. Parece que nuestro caballo era mucho más blanco, mientras que las piezas de ellos tenían un matiz amarillento. La superficie del nuestro era tersa; las otras piezas mostraban pequeñas, imperceptibles estrías. Ya está, se acabó, no hay nada más en la valija.

Di mi última materia sin decirle a nadie que terminaba: esos festejos con harina, ténpera de colores y huevos siempre me parecieron deprimentes. Pero alguien tenía que enterarse: así que llamé a mi madre a Mar del Plata, y la oí balbucear en medio del llanto, y luego pasé por el negocio para contarle a mi tío. Me dio un abrazo, algo insólito en él. Fue a la cocina y volvió con una botella.

—Tendríamos que brindar con champán francés, pero solo tengo una sidra que quedó de año nuevo. Igual sirve.

Brindamos en copas de cristal de Bohemia.

—Yo también tengo buenas noticias —dijo después de terminar la copa—. Me escribieron una carta

del Museo de la Porcelana de Darmstadt. Parece que el mes pasado expusieron en una vitrina las falsificaciones de la pieza, entre ellas la nuestra. El público se entretenía mirando las diferencias entre las copias y el caballo blanco original. Pero una tarde aparece por el museo un viejo profesor de Física, y pide hablar con el director. Este lo recibe en su despacho. “En mi juventud yo jugué una partida con ese tablero, cuando estaba completo, y recuerdo perfectamente que la pieza que luego fue robada tenía pintado un solo ojo. Y uno de los caballos expuestos es así. Ahora bien: este detalle no lo sabe casi nadie. ¿Cómo lo supo el falsificador?”. Gracias a las palabras del profesor, el director del museo decidió darle una nueva oportunidad a la pieza. Así se dio cuenta de que nuestro caballo, lejos de ser falso, era el único que conservaba intacto el color original.

—¿Y por qué era distinto?

—Durante los bombardeos de 1944 el techo del museo se desplomó. Las otras piezas del juego se estropearon debido al polvo, a la exposición al sol, a la larga permanencia en el sótano inundado. Como nuestro caballo había sido robado antes, no le pasó nada de todo eso. La pieza era tan verdadera, tan semejante al juego en el momento mismo de su creación que, por contraste con el resto, parecía falsa.

Volvimos a brindar y terminamos la sidra.

—La semana que viene llegará el dinero —anunció.

Tenía que contarle algo a mi tío, así que aproveché un sábado a la mañana para acercarme al local. Me sorprendió ver a mi prima Esther.

—Papá está enfermo. Son los pulmones. El médico le ordenó que descansara al menos un mes. No quiere que esté en contacto con el polvo.

Yo iba a contarle a Franco que me habían otorgado una beca para una universidad del Canadá; pero me pareció que hablarle de viajes a mi prima, que sufría por estar condenada al negocio familiar, era una afrenta. Todos sus comentarios eran declaraciones de melancolía:

—Estoy tan cansada de las cosas viejas que me gustaría vivir en una casa en la que todo fuera limpio, nuevo y blanco.

Así como hay gente con la que entablamos conversación con facilidad, hay otros a quienes nunca sabemos qué decir. En esa mutua extrañeza coincidíamos con Esther. Ella me convidó un vaso de Coca-Cola y los dos nos quedamos en silencio, incómodos. Cuando entró un cliente, casi lo abrazamos. Aproveché la interrupción para decirle que me iba, que no quería molestarla, saludos a la familia. Ella me detuvo:

—En el depósito hay una valija con el nombre de tu padre. ¿Por qué no te la llevás?

Tenía curiosidad por revisarla a fondo, pero a la vez me desanimaba volver a mi casa con la valija. Fuera cual fuera su secreto, era mejor no verla más.

—Quedátela o vendela. Está vacía.

—¿A quién le voy a vender una valija vieja? Las nuevas, *made in China* y con rueditas, no cuestan nada. Además, me parece que vacía del todo no está.

¿Habría quedado un último objeto en un bolsillo o en un compartimiento secreto? Era fácil imaginar a

mi padre con una valija con doble fondo, atravesando fronteras nocturnas con cosas de contrabando.

Detrás de una puerta estaba el depósito. Ahí mi tío se dedicaba a encolar las patas de las sillas, a limpiar los broncees, a poner espejos nuevos en marcos antiguos. La valija estaba sobre una mesa. La llave dorada esperaba en la cerradura. Que haya una carta, deseé con todas mis fuerzas. Que la valija no esté vacía del todo. La abrí.

Todas las cosas estaban en su lugar: el libro, las cartas atadas con cinta amarilla, las monedas, el frasco de tinta, la mano articulada, la muñeca japonesa, y abajo de todo, como escondido, el caballo de porcelana con su único ojo azul.

I
Tenía dieciséis años cuando acompañé a mi padre a Laguna Crates. No lo acompañé porque yo quisiera (los viajes al campo me parecían un aburrimiento) ni tampoco a causa de la voluntad de mi padre. Era mi madre la que insistía:

—Te va a hacer bien un poco de aire y sol. Así no te quedás todo el verano encerrado, leyendo.

Sospechaba entonces (y estoy seguro ahora, cuando han pasado tantos años) que mi madre quería que fuera de viaje por una razón muy distinta al aire y el sol. Desde hacía un par de meses ella había empezado a tener miedo de que mi padre, con la excusa de sus viajes al campo, aprovechara para visitar a alguna amiga. Por supuesto nunca dijo en voz alta algo semejante, pero la descubrí revisando minuciosamente el portafolio de cuero de mi padre. Si yo viajaba con él todo propósito secreto quedaría automáticamente frustrado.

El domingo antes de viajar mi padre lavó el auto en la vereda de casa. Era un Falcon familiar, color verde.

—¿Para que lo lavás, si vas a ir por caminos de tierra? —la preguntó mi madre. Por alguna razón misteriosa, le irritaba que mi padre lavara el coche.

—Es una cuestión de imagen. Para un viajante de comercio el auto no es solo un instrumento de trabajo: es parte de uno mismo. Lo primero que mis clientes ven es un auto que llega de lejos.

La verdad era que tenía el auto siempre impecable, a pesar de los caminos de tierra. Del espejito colgaba una medalla de la virgen. Antes de salir controló, como hacía siempre, los niveles de agua y aceite.

El lunes me despertó a eso de las ocho. Él ya tenía todo preparado: su maletín, una campera de nylon por si lo sorprendía la lluvia, el termo y el mate. Estaba contento de tener a alguien que le cebara mientras manejara. Subimos al coche y partimos rumbo al sur de la provincia de Buenos Aires.

Era el mes de diciembre de 1980.

II

Mi padre iba escuchando la radio, pero a medida que avanzábamos era cada vez más difícil encontrar una estación que se recibiera con claridad. Eso me alegró: a mí el tango siempre me deprimía, igual que los programas de fútbol. A mi padre le encantaba escuchar tango, pero siempre en la radio del auto, en casa nunca lo vi poner un disco o un cassette.

Cerca de la una del mediodía paramos en una estación de servicio.

—Acordate, para cuando tengas tu propio auto: para comer en la ruta, hay que elegir los lugares donde se vean camiones.

—Camiones —repetí, indiferente.

—Los camioneros viven en la ruta y saben dónde se come mejor.

Mi padre era especialista en consejos de esa clase.

Mientras yo me comía un tostado mi padre engulló un plato de tallarines a la bolognesa con medio litro de vino tinto. En esa época los controles de alcoholemia todavía no se habían inventado. Cuando terminó su tentempié, acomodó el auto a la sombra de un árbol, echó el respaldo para atrás y se durmió.

Al rato volvimos a la ruta.

—Vamos a parar en Laguna Crates. Ayúdame a encontrar el cartel.

Miré atento los costados de la ruta: algún molino de viento, una estación de servicio abandonada, carteles de fertilizantes o tractores. De pronto lo vi: un cartel pequeño y torcido anunciaba la cercanía de Laguna Crates.

—El cartel casi no se ve, parece como si no quisieran que nadie los descubra —dijo mi padre mientras tomaba a la derecha un camino de tierra. No llovía desde hacía días y el auto levantaba nubes de polvo; tuvimos que cerrar las ventanillas. Cuando llegamos a las primeras casas eran las seis de la tarde.

El pueblo se levantaba a orillas de la laguna. Las casas estaban dispersas, una aquí, otra allá. Había caballos sueltos por las calles, y a pesar de que eran animales de tiro o de paseo, el sol ya rojizo les daba una majestuosidad de bronce. La plaza se llamaba plaza San Martín y tenía un busto de San Martín y un Monumento a la Madre, tan arrugada que parecía Monumento a la

Bisabuela. Pensé que Crates era un pueblo igual a tantos otros. Me equivocaba. No había visto que además del San Martín y de la Madre había otra estatua. Detrás de un ombú, vería más tarde, se escondía un busto en bronce del doctor Crates.

Mi padre estacionó el Falcon frente a la puerta del Hotel Laborde, a orillas de la laguna. Fue un placer bajar, estirar las piernas. La trompa del Falcon ahora estaba llena de polvo y de libélulas muertas. Iba a bajar los bolsos, pero mi padre me detuvo.

—Primero vamos a ver si hay alguien. No sea cosa que esté cerrado.

El hotel era una construcción de dos pisos, y al lado había un chalet donde, según me enteraría después, vivían los dueños. El hotel contaba con un pequeño muelle. Cuatro botes despintados, dos de madera y dos de fibra de vidrio, se balanceaban suavemente. Abrimos la puerta del hotel, atravesamos una de esas cortinas de cintas de plástico que tienen la misión de desalentar a las moscas, y entramos al hall. Sentí el aire fresco de las casas viejas, construidas en los tiempos en que las paredes se hacían de treinta centímetros y con ladrillos de verdad. En la pared había una cabeza de jabalí y un reloj cucú, en unos estantes se veían viejas novelas policiales, un par de biografías de la colección *Grandes Científicos* y manoseados ejemplares de las revistas *Hobby* y *Leoplán* de los años cincuenta.

Mi padre tocó una campanita que había en el mostrador. Se oyó un “Ya va” desde algún lugar lejano, y al rato apareció un hombre alto, de bigotes. Terminó de secarse las manos en un repasador y le tendió la mano a mi padre.

—Ingeniero Sanmarco, cuánto tiempo —lo saludó con una sonrisa.

—¿Cómo le va, Laborde? Este es mi hijo, Diego.

Le tendí la mano.

—¿Lo ayuda en su trabajo?

—Me acompaña. Como está de vacaciones...

—¿A qué año pasa?

—A quinto.

—¿Se llevó materias?

—Ni una. Es muy buen estudiante.

—Mejor así.

Laborde nos dio una llave y subimos los bolsos al primer piso. Era un cuarto grande, con dos camas y una gran ventana que daba a la laguna.

A los cinco minutos bajamos. Laborde y mi padre se pusieron a hablar de vecinos de la zona. Mi padre había hecho un par de años de la carrera de Agronomía y trabajaba para una empresa de fertilizantes. Siempre visitaba clientes: a veces a dueños de campos, otras a ferreterías y almacenes de ramos generales que vendían los productos. A veces, por error o por un exagerado sentido del respeto, los clientes lo llamaban “ingeniero” y él lo dejaba pasar. Le gustaba que lo llamaran así.

Laborde hizo un relato pormenorizado de las novedades en el pueblo (el incendio de un rancho, cuatros nuevos chalets, el inicio de la construcción del muelle municipal). La charla me aburría y me dediqué a mirar la biblioteca.

De pronto Laborde interrumpió la charla con mi padre, para señalarme:

—Se ve que a su hijo le gusta leer.

—Algo lee, sí —dijo mi padre, más avergonzado que orgulloso.

—Hay que tener realmente mucho entusiasmo en la lectura para interesarse en esas viejas novelas olvidadas por los huéspedes. A mi hija también le gusta leer.

—¿Cómo anda su hija? Ya debe tener... —Mi padre no se animó a arriesgar una edad.

—Ya tiene dieciocho.

—¿Y va a seguir estudiando?

Me pareció que Laborde bajaba la vista, un poco incómodo por la pregunta.

—Por ahora Carmen me ayuda en el hotel.

Esa noche comimos con mi padre en una parrilla que estaba sobre la ruta. El mozo le ofreció una parrillada, pero mi padre pidió un poco de vacío y tira de asado, además de ensalada. Aproveché para darme uno de sus consejos:

—Nunca pidas parrillada. Te encajan las sobras. El pollo: un fósil.

A mí el viaje me fastidiaba y durante la cena decidí encerrarme en un silencio hostil. Mi padre, con patética persistencia, trataba de sacar temas de conversación que creía que me podían interesar: el estudio, de lo que a nadie le gusta hablar; la película *Tiburón*, que yo había visto hacía un par de semanas; libros, de los que mi padre sabía poco y nada. Al final se resignó a hablar solo, sin preocuparse mayormente por mis intereses, lo que fue un alivio para mí.

—Hacia dos años que no venía por acá. En general trabajo en la zona de Trenque Lauquen, Pehuajó, Madero... Laguna Crates, en cambio, está en la zona de Gabler. Cuando pasó lo que pasó, me tocó reemplazarlo.

Mi padre se dedicó a estudiar un trozo de carne.

—Mirá lo que sirven. Está carbonizado. La próxima vez me voy a comer a la parrilla de la estación de servicio.

—¿Qué le pasó?

—¿A quién?

—A Gabler.

—Ese es el problema, nadie sabe. Fue un miércoles de agosto, hace cinco años. Estaba visitando clientes en la zona y no se supo más de él.

—¿Y la familia? ¿No avisaron a la policía?

—No tenía familia. Lo buscó la policía, lo buscamos sus compañeros, pero no encontramos ni una sola pista. Yo no conté nada en casa, para no asustar a tu madre. Total, a Gabler no lo conocía, era nuevo, venía de otra firma.

—¿Y el auto?

—Tampoco apareció. Tenía un Renault 12 blanco, nuevito. Con el vidrio trasero lleno de calcomanías. Era de esos tipos que arruinan los autos pegando figuritas en el vidrio. Yo no los comprendo...

Siguió hablando de la gente que arruinaba los autos con escarpines que colgaban del espejito retrovisor y perritos de plástico que movían la cabeza, pero lo hice volver a Gabler. Le gustó que me interesara en algo que era parte de su trabajo.

—Mi teoría es la siguiente: Gabler tenía muy poco sentido de la orientación. Se perdió en alguno de esos caminos y murió de un ataque cardíaco. Acá hay muchos campos sin trabajar. Debe seguir por ahí, adentro de su Renault 12, oculto en alguna arboleda. El campo es tan grande...

Me vino a la mente la imagen del auto ya oxidado, sucio de años, con el cuerpo todavía al volante.

—Si esta era la zona de Gabler, ¿en qué hotel paraba?

—Depende. A veces paraba en el hotel El indio, que está a cincuenta kilómetros. A veces paraba en lo de Laborde.

—¿Y no le preguntaste al dueño si lo había visto?

—Claro que le preguntamos. Había pasado por allí, pero se había ido bien temprano, rumbo al sur.

El recuerdo de Gabler no le había quitado el apetito. Mi padre se pidió una ensalada de frutas con helado de crema y un café, pero yo no quise comer nada más, solamente tenía ganas de dormir.

III

A la mañana siguiente mi padre salió bien temprano para visitar unos clientes. Me saludó, dijo que volvería a las ocho de la noche, pero no llegué a despertarme del todo. Un rato más tarde bajé a desayunar. El pequeño salón estaba vacío, y había una taza de café con leche, con el plato sobre la taza para que no se enfriara. Tomé el café y después me dediqué a pasear por el pueblo. Era como ir de excursión a la Nada. Me había llevado un libro de cuentos de Ray Bradbury *-El país de octubre-* y me senté a leer un rato cerca de la laguna. Había encontrado un árbol caído

que era un cómodo sillón, pero al rato los mosquitos empezaron a molestar. Desalentado, dejé la lectura. Siempre me había parecido que lo bueno estaba pasando en otra parte, que yo estaba en el lugar equivocado, pero nunca lo sentí con más fuerza que allí. Algunos de mis amigos se iban de vacaciones a Mar del Plata, otros a Villa Gesell o a Córdoba, tenía un amigo que iba a viajar a Madrid y Roma, otro no se iba a ninguna parte pero ya tenía novia. Yo estaba solo, y en Laguna Crates.

A la hora de la siesta entré en el hotel. No había nadie, y me acerqué como para tomar directamente del casillero la llave de mi habitación, cuando apareció una chica de pelo negro. Tenía los ojos grandes y un aire de gravedad. Dijo: "Buenas tardes" y al ir al encuentro de la llave me rozó apenas la mano. No preguntó cuál era mi cuarto, lo sabía. Llevaba en el pelo una hebilla de carey y usaba un solero algo corto que dejaba a la vista sus largas piernas. Tal vez el vestido era de cuando era más chica y ella había crecido sin que el vestido se diera cuenta. Me tendió la llave y yo me la quedé mirando, hasta que me señaló mi libro y preguntó.

—¿Saliste a leer?

—Sí. Hasta que los mosquitos...

—A esta hora no es nada. A la caída del sol te envuelven en una nube y te desangran. Es por la laguna.

Por la ventana se veían los botes meciéndose suavemente. Más allá, una isla con árboles altos. Parecía estar ubicada en el centro exacto de la laguna. Había una construcción de dos pisos, pero la neblina que flotaba sobre el agua impedía ver con claridad.

—¿Se pueden usar los botes?

—Sí, pero acordate de achicar el agua antes de salir. Usamos poco los botes, y cuando llueve les entra agua.

—¿Por qué los usan poco?

—Ya sabés cómo es. La gente que vive cerca del mar no va a la playa. La gente que vive cerca de la montaña no esquía. Nosotros, de tanto ver la laguna, nos olvidamos de que existe. Si salís con un bote, no te alejes mucho del muelle.

—La laguna, ¿qué profundidad tiene?

—La suficiente para ahogarse. En días de viento los botes se dan vuelta como si nada.

—Hay una isla en el medio. ¿Vive alguien?

—No, solamente hay una casa en ruinas.

—¿La visitaste?

—¿La isla? No, qué ocurrencia.

—¿Me vas a decir que viviendo acá nunca remaste hasta ahí?

—Nunca. No me gusta la laguna. No es el mar. Es agua encerrada. Agua muerta.

Y como para subrayar lo que acababa de decir, corrió las cortinas.

Le pregunté por su madre. Me explicó:

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Una tarde se la llevaron para el hospital de Tres Arroyos en una ambulancia verde y nunca volvió.

Lamenté haber sacado el tema de la madre. Carmen se fue de inmediato a la cocina.

Leí un rato en el hall con la esperanza de que volviera a aparecer. Como no vino, subí a mi cuarto.

Mi padre llegó a las diez de la noche. Había comprado un queso de campo, una hogaza de pan, un salami y unas

uvas blancas. También una botella de vino tinto, que destacó con el cortaplumas que nunca abandonaba.

—Viajes a donde viajes, llevá siempre el cortaplumas multiuso, una cajita de fósforos, un lápiz, una libreta y una caja de curitas.

Era otro de sus famosos consejos. Insistió para que tomara un trago de vino.

—Pero solo un traguito, o tu madre me mata.

Comimos en la habitación casi sin hablar y nos fuimos a dormir.

IV.

Debían ser las seis de la mañana cuando llegué a oír, entre sueños, el saludo de mi padre, que se iba a visitar clientes.

—Te dejo unos mangos en la mesita, para que comas algo. Si querés, invitá a la piba al cine.

—¿Al cine? —pregunté, dormido. Me encantaba la idea de ver una película.

—Era una broma. Qué va a haber cine en Crates.

No terminaba de irse: estaba a punto de salir pero se acordaba de que tenía que llevar la campera impermeable, o se ponía a buscar las llaves del auto. Por fin cerró la puerta y yo seguí durmiendo. Soñé que remaba un bote pesadísimo; hacía fuerza con los remos y no lograba avanzar nada. En los sueños hacemos con facilidad las cosas imposibles, como volar o viajar al pasado, pero las sencillas, como caminar o gritar, no las podemos hacer.

Me levanté recién a las nueve. Carmen me sirvió el desayuno: café con leche en una gran taza blanca y pan

con manteca y dulce de leche. Le dije que todo era más generoso que la mañana anterior.

—Tengo que atenderte bien. Los otros huéspedes se fueron. Sos el único.

Le pregunté si había siempre tan poca gente en el hotel.

—Trabajamos con viajantes de comercio y diciembre es un mes maldito. Los viajantes no vienen porque cerca de las fiestas no encuentran a nadie. El resto del año hay mucho movimiento, por suerte.

—¿Todos viajantes?

—Viajantes o gente que viaja por negocios. Qué turista va a venir para este lado.

—¿Y Gabler?

—¿El que desapareció? También paró acá alguna vez.

—¿Hablaste con él?

—Apenas. A mi padre no le gusta que hable mucho con los clientes. Ya sabés: hombres solos, lejos de su casa...

—¿Cómo era Gabler?

—Era un viajante, igual que todos. Tipos cansados, que viajan muchos kilómetros, que están aburridos de estar solos y callados, y que conversan cuando tienen alguien delante. Pero no hablemos de Gabler. A mi padre le subió la presión cuando vino la policía a preguntar.

El tema no le había gustado y se fue a la cocina. Cuando volvió a aparecer decidí cambiar de conversación.

—¿Siempre viviste en Crates?

Se sentó frente a mí.

—Durante seis meses estudié en Bahía Blanca. Vivía en una pensión de monjas, con horarios muy estrictos.

—¿Qué estudiabas?

—Estaba haciendo el profesorado de Matemáticas. Terminé segundo año.

—¿Y no seguiste?

—No, me volví para acá.

—¿Por qué?

—Todo era muy difícil para mí.

—¿Qué era difícil? ¿Lo que tenías que estudiar?

—Sí, todo.

Y después agregó, no sé si en broma o en serio:

—Soy una chica de campo.

Como arrepentida de lo que acababa de decir, levantó la taza y se fue a la cocina. Entonces Laborde, su padre, a quien yo no había visto, se me acercó. Me dio vergüenza que hubiera estado escuchándonos. Observé que se frotaba la mano derecha. Ahí la piel tenía un color distinto, como si hubiera recibido un injerto.

—Lo que le dijo es mentira. Lo del estudio, me refiero. Sacaba diez en todas las materias. Siempre fue buena en el estudio. Terminó el secundario a los dieciséis. En el primer año del profesorado era la mejor de la clase. No sé por qué se vino.

—A lo mejor no lo quería dejar solo.

—¿A quién? —preguntó con brusquedad.

—A usted, claro.

—A lo mejor fue por eso. No quería dejarme solo con todo el trabajo del hotel.

—Seguro que fue por eso —dije.

Y mi respuesta pareció tranquilizarlo. Dejó de frotarse la vieja herida, o lo que fuera que tenía en la mano. Se acercó por la ventana y miró el cielo:

—Dicen que viene una tormenta brava.

—El cielo se ve claro...

—Eso no importa. Las peores tormentas son las que menos se ven venir.

V

Cuando un rato más tarde salí a caminar ya corría desde la laguna un aire frío. Entré en el único bar de Crates, en una esquina. Había cuatro mesas, todas vacías. Elegí una contra la ventana. En una repisa se veían viejas botellas de grappa, hesperidina y caña de durazno, llenas de polvo. Detrás del mostrador había un hombre gordo, que llevaba un delantal azul. Aunque no tenía ganas de tomar nada, le pedí un café. A los pocos minutos abandonó el mostrador para traerme un pocillo y una azucarera de plástico. Me puse a leer los cuentos de Bradbury. De tanto en tanto tomaba un poco de café, tibio y con gusto a nada.

Al rato entró un hombre morocho, con uniforme de policía. “Buen día, comisario”, lo saludó el dueño del café y sin preguntar nada le sirvió una ginebra. Observé que el comisario hacía un vago gesto en dirección a mí.

—Se aloja en el hotel —respondió el de la barra, sin esforzarse por disimular que hablaba de mí—. El padre vino por trabajo.

—¿Viajante? —preguntó el comisario.

—Viajante.

Yo no había dicho nada: no sé cómo sabía todo eso. Seguramente eran poco frecuentes las caras nuevas. Me pareció extraño que circulara la información, porque el movimiento en el pueblo era tan imperceptible que daba

la impresión de un lugar abandonado; pero donde hay una comunidad, por pequeña que sea, corren los chismes.

La respuesta dio por terminada la curiosidad del comisario. Se pusieron a hablar de los preparativos de una kermés para el mes siguiente. Con lo recaudado, se reemplazarían los juegos de la plaza. “El tobogán es un peligro, tiene todas las tablas podridas”, dijo el del bar.

Yo trataba de leer, pero mis ojos se desviaban de tanto en tanto hacia la cara del comisario. Tenía en el lado derecho de la cara una especie de cicatriz que continuaba en el cuello. Pero no la huella de un corte sino más bien como si debido a alguna grave quemadura hubiera recibido un trasplante de piel. Era la misma clase de señal que yo había visto en la mano de Laborde, el dueño del hotel. Tal vez había habido algún incendio, en tiempos lejanos, y los dos habían resultado heridos. Sabía, por mi padre, que en época de sequía los incendios en el campo son muy traicioneros; a causa de un cambio en la dirección y velocidad del viento, un foco de incendio que parece lejano puede acercarse repentinamente y amenazar las zonas habitadas.

Cuando me levanté para irme el comisario me dijo:

—¿Se aburre, no? En estos pueblos siempre es así al principio. Todo parece mudo y vacío. Pero después uno aprende a encontrar la diversión.

A las dos de la tarde el pueblo quedaba paralizado por eso que para mí era una catástrofe que hacía más grave la catástrofe de estar en Crates: la siesta. Yo odiaba dormir la siesta. Como el tango y los programas de fútbol que escuchaba mi padre en la radio, la siesta estaba entre

las cosas que encabezaban el ránking de lo deprimente. Cuando vi que Carmen estaba despierta lo consideré un milagro. Tenía abierto un cuaderno y estaba haciendo unas cuentas. Me animé a pedirle uno de los botes.

—Agarrá el que quieras. Pero acordate de achicar el agua. Hay latas en todos los botes. Y no te alejes mucho que viene tormenta.

—¿No me acompañarías?

—Tengo que trabajar.

—¿Los huéspedes te dan mucho trabajo?

—Sí.

—El único huésped soy yo.

Miró un segundo el hall vacío, los libros olvidados por los pasajeros.

—Está bien. Pero volvemos en una hora. Y no le digas nada a mi padre.

Me pareció raro que una chica grande como ella tuviera que ocultarle a su padre el hecho de salir un rato con un muchacho cualquiera. Debe ser muy celoso, pensé.

Fui a la habitación y volví con mi cámara de fotos. Era una vieja Zeiss Ikon, protegida por una funda negra. Mis padres habían recibido esa cámara como regalo de bodas y desde entonces no había fallado. La había cargado con un rollo Kodak de treinta y seis fotos en blanco y negro. Desde hacía un tiempo sacaba fotos en blanco y negro porque lo consideraba más artístico. Me parecía que las fotos de la familia eran convencionales, y entonces disparaba sobre gatos en baldíos, un vagón abandonado, un buzón. Ahora, cuando miro mis fotos viejas, me intereso solo en las fotos familiares, que conservan

momentos perdidos, y en cambio me parecen convencionales y sin ningún interés los vagones abandonados, los buzones y los gatos en baldíos.

Salimos y caminamos por las endebles maderas del muelle. Carmen señaló un bote de madera pintado —o despintado— de azul.

—Ese es el mejor.

Bajamos por la escalerita de desparejos escalones. A medida que se acercaban al agua, los cubría un limo verde oscuro. Quise demostrar audacia al subir al bote, y durante unos segundos quedé con un pie a bordo y el otro en tierra, a punto de caer al agua. Ella se reía mientras yo trataba de recuperar el equilibrio.

—¿Cuántos clientes del hotel Laborde se ahogaron antes de mí?

—Apenas uno por mes.

Me senté frente a los remos mientras ella recogía el cabo. Empecé a remar cerca de la orilla, donde se levantaban unos juncos. Mientras yo remaba ella sacaba el agua del fondo con una lata oxidada. En alguna parte sonó el croar de una rana.

—¿Y no te aburre vivir acá?

—Algún día me voy a ir. Tengo hechos mis planes. Pero no vamos a hablar de Laguna Crates.

—¿De qué querés hablar?

—De la ciudad. Si no, me vuelvo. Tengo cuentas que hacer.

Empecé a hablarle, a pedido de ella, de las últimas películas que había visto, de una visita que hicimos con los compañeros del colegio al teatro San Martín, para una función de *El jardín de los cerezos*, de las grandes librerías de

la calle Corrientes. Ella nunca había viajado en subte, y me interrogó con gran interés sobre las líneas. Le parecía increíble que se pudiera viajar bajo la ciudad.

—¿Comprás boletos para viajar en subte?

—No, cospeles.

—Como los de los teléfonos...

—Sí, pero son distintos. Son plateados y más livianos. De aluminio.

Carmen guiaba mis descripciones con preguntas, para que no me quedara en detalles superfluos y fuera a lo importante: de qué color eran los vestidos que se usaban ese verano, cuáles eran las mejores galerías para comprar ropa, cómo eran los zapatos que estaban de moda... Yo no sabía mucho de eso, pero temía decepcionarla, y busqué en mi memoria todas aquellas cosas a las que nunca había prestado verdadera atención. Repetí comentarios que le había escuchado a mi madre sobre peinados y vidrieras. Expliqué que entre las chicas estaban de moda los flequillos que cubrían la mitad de la cara, las polleras escocesas —pronuncié, con alguna duda, la palabra *kilt*— y las camisas del papá.

—¿De verdad usan las chicas camisas de hombre?

—Camisas blancas o celestes, de las que se usan con corbata.

—¿Pero no les quedan grandes?

—Esa es la gracia.

Nubes bajas flotaban sobre el agua y borraban el islote. A medida que nos adentrábamos en la laguna el aire se hacía más frío. Cayeron unas gotas tan imperceptibles que no hubiera podido decir si era llovizna o la misma neblina que nos envolvía.

—¿Cómo se llama la isla?

—Isla.

—¿No tiene nombre?

—Isla. Ese es su nombre.

De vez en cuando yo dejaba los remos para sacarle una foto. Me daba vuelta la cara.

—Vamos, una sonrisa.

—Basta de fotos. Y no nos acerquemos más a la isla.

—¿Por qué no?

—No se puede. Está prohibido.

—¿Quién lo prohíbe?

—Está prohibido, y punto.

Sobre la orilla, más allá de los juncos, se levantaba una construcción en ruinas. Era un edificio de dos plantas. La entrada principal debía estar del otro lado, porque se veía solamente una puerta de una sola hoja de metal oxidado. Algunas ventanas mostraban vidrios rotos; otras estaban tapiadas con maderas. Frente a la construcción, un muelle de maderas podridas. El muelle parecía no haber sido pisado en años. Había tres botes atados a las maderas, con sogas ya negras. De uno de los botes emergía solo la proa. Otro estaba volcado, y se habían adherido al casco unos caracoles blancos. El tercero parecía intacto.

Seguí remando, a pesar de las protestas de Carmen. Pronto estuvimos a cinco metros. Dejé los remos sueltos. La suave brisa nos acercaba a la isla.

—¿Quién vive acá? —pregunté.

—Nadie.

—Mirá ese bote. No hay una lona que lo cubra. Eso quiere decir que alguien sacó el agua de lluvia. Si no,

con el paso de los meses, el agua de las lluvias hubiera terminado por llenarlo y hundirlo.

—No sé. A lo mejor el comisario sabe. A lo mejor viene a ver que todo esté en orden, y mantiene un bote en buenas condiciones por si el suyo se le hunde. El comisario es amigo de mi papá. ¿Querés ir a preguntarle?

—No, gracias —¿Quién iba a querer ir a hablar con un comisario?

A un costado, enmarcada entre sauces, se veía una pequeña capilla. La cruz de cemento, de la que emergían fierros oxidados, estaba inclinada hacia un lado, a punto de caer.

Preparé la cámara y disparé.

—Vámonos —dijo ella—. Mi papá...

—Otra más —dije—. Otra más, de cerca.

Miró impotente cómo yo empuñaba los remos, esta vez remando hacia delante. El borde del bote chocó con el muelle y se oyó un leve crujido. Fue nada, madera contra madera, y sin embargo ahí las cosas cambiaron: entonces fue cuando la tranquila sucesión de cosas que eran mi vida se contaminó con la isla.

—Una sola foto y nos vamos. Si mi padre se entera que estamos aquí me mata. Y te mata a vos, por haberme convencido.

La voz sonó tan asustada que no insistí con amarrar el bote. Pero estiré el brazo hasta tocar las maderas del muelle. Estaban resbalosas por el verdín y sentí una especie de ilimitada repulsión, como si tocara la piel de un animal muerto. Miré el indicador de la cámara: me quedaba todavía la mitad del rollo. Enfoqué una de las

ventanas del edificio. Iba a ser otra de mis fotos artísticas. Edificios vacíos, vidrios rotos, latas oxidadas: veía belleza en los deshechos, en los sitios abandonados por la vida. Entonces algo se movió detrás del vidrio roto. Disparé. El movimiento había durado un segundo y no había llegado a verlo bien, pero sabía que la cámara sí lo había visto.

—Hay alguien en el edificio. —Mi voz había cambiado.

—No puede haber nadie, ya te dije.

—Algo se movió. Alguien con una máscara.

—Falta mucho para carnaval —se burló, pero con un tono que en nada se parecía a una burla—. El viento debe haber movido la ventana. Vamos. Empezó a llover.

—Cuando revele la fotografía, lo vas a ver.

—Nunca voy a ver esa fotografía.

Y entonces me echó del lugar del galeote, tomó los remos y con paladas bruscas nos alejó de la isla. Las gotas caían formando pequeños puntos de luz en la superficie metálica de la laguna. Yo ya no contaba más historias de la ciudad. No hablaba de películas, zapatos o *El jardín de los cerezos*, o las chicas que usaban las enormes camisas celestes del papá. Era ella la que hablaba.

—De chica, yo soñaba que del otro lado de la laguna vivía mi príncipe encantado. Era solitario, pero yo lo salvaba de su soledad y al final venía para salvarme, para sacarme de Crates, de la hora de la siesta, del aburrimiento. Él aparecía un día y me llevaba hacia sus dominios.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no sueño más. Ahora sé que nadie viene nunca a rescatarte.

La lluvia ya caía fuerte, y las olas zarandeaban el bote. Hacía frío. Puse mi campera de jean sobre los hombros desnudos de Carmen. No me agradeció ni protestó. Remaba con tal desperdicio de energía que pronto se cansó. En mitad de la laguna aceptó cambiar de asiento y conduje suavemente el bote hacia el muelle. Por mucho ejercicio que hiciera, no podía vencer el frío.

Carmen amarró el bote mientras yo sacaba los remos y corrimos a guarecernos en el hotel.

Apenas llegamos oí la voz del padre que llamaba a su hija. Estuvo a punto de ir hacia él, pero de pronto se acordó de que tenía mi campera de jean sobre los hombros y me la devolvió. Dejé que entrara sola. Protegido bajo el alero, esperé. Después de unos minutos atravesé cauteloso la cortina de cintas de plástico. En la cocina se oía el murmullo de una radio. Tomé del casillero la llave de mi habitación y subí sin hacer ruido.

VI

Esa noche el señor Laborde golpeó a la puerta de mi habitación. Pensé que me iba a hacer un reproche, pero solo dijo:

—Teléfono.

Bajé a la recepción, en cuyo mostrador estaba el único teléfono del hotel. Escuché entre interferencias la voz de mi padre.

—Diego, los caminos están imposibles, no voy a poder volver esta noche.

Durante un instante vacilé. ¿Realmente no podía venir o se las había ingeniado para encontrarse con alguna amiga? ¿Se confirmaban los temores de mi madre? Me habló de caminos inundados, árboles caídos, problemas mecánicos. Había entrado agua en el distribuidor del Falcon.

—Mañana estoy allí. ¿Vas a estar bien? —No esperó mi respuesta—. Fijate que dejé algo de plata en el bolso.

Antes de que pudiera decir algo más hubo una fuerte interferencia y la comunicación se cortó. Laborde tomó el tubo, tocó varias veces los botones blancos, y al final se resignó:

—Nos quedamos sin línea. Siempre pasa lo mismo cuando llueve más de una hora.

Comí sin salir de la habitación. Había sobrado un poco de queso, medio salamín y algo de pan, que ya estaba duro. Leí un rato en la cama y me quedé dormido con la luz encendida.

El día siguiente llovió el día entero, y el aburrimiento alcanzó su clímax. Desayuné, mientras miraba desesperado la lluvia. Eso quería decir que mi padre no iba a aparecer. Si la noche anterior los caminos estaban mal, ahora era todo peor.

Ya había terminado el libro de Bradbury: busqué alguna novelita policial entre los libros olvidados por los huéspedes, pero no había ninguna que interesara a mi ánimo decaído. En un costado de la biblioteca, junto a dos libritos de la colección Grandes Científicos, encontré un ejemplar mimeografiado con el título: *Doctor Crates o la victoria sobre la lepra*. El héroe local, imaginé. Era un poco triste que ubicaran aquellas páginas junto

a las biografías de otros dos científicos (Pasteur y Sabin) como si el pobre Crates, fuera quien fuese, estuviera a su altura. Dejé el libro en su lugar, sin ganas de leer.

Si hubiera habido un lugar adonde huir habría salido del hotel, pero era embarrarme para nada. Le pregunté a Laborde por Carmen, me contestó con alguna vaguedad, y se quejó del tiempo: la lluvia tupida significaba que durante días no vendría ningún cliente.

A la tarde apareció Carmen. Tenía el pelo tirante para atrás, sujeto con una hebilla de carey, y vestía un jean, una remera blanca y unas botas de lluvia amarillas. Buscó en un cajón un mazo de cartas y jugamos una partida de chinchón. La entretuve contándole cosas de la ciudad. Una fiesta de quince, una fiesta en un club, las bodas de oro de mis abuelos. Nada de eso me había interesado, pero ahora repasaba esos días buscando en mis recuerdos algo que le pudiera interesar a Carmen y que la hiciera reír. No se trataba de mentir, pero sí de dar algo de vida a lo que contaba. Exageré la borrachera de un amigo, que había probado alcohol por primera vez; me detuve en las andanzas de un tío detrás de las camareras; el modo como trabajaban los *disc jockeys*, poniendo discos en dos bandejas de tal manera que nunca se hiciera silencio.

A las ocho de la noche golpeó la puerta de mi cuarto. Me había traído unas fetas de matambre y un poco de pan.

—No queremos que nuestro único huésped se nos muera de hambre.

Le pedí que se quedara a conversar, pero no podía: tenía que ir a su casa a hacerle la comida al padre.

En mitad de la noche me despertaron voces de hombres gritándose en la lluvia. Me asusté: pensé que le había pasado algo a Carmen. Me vestí apurado. Para cuando bajé las escaleras los hombres que habían gritado ya estaban en el hall del hotel. Todos tenían o camperas impermeables o trajes de agua y llevaban linternas. Uno de ellos era el comisario. Otro el dueño del bar, ahora sin su delantal azul. A los otros no los conocía: eran jóvenes, y estaban entusiasmados con la aventura nocturna. Ninguno se había limpiado los pies en el felpudo de entrada, y las botas de goma habían llenado de barro el piso de baldosas blancas y negras. Ese descuido era prueba de la gravedad de la situación. Estaban callados, esperaban a Laborde, que enseguida apareció con un traje de agua amarillo y una vieja linterna oxidada. Probó a ver si encendía. Dio una luz muy tenue.

—Tengo que cambiarle las pilas —dijo con la voz cansada, como si confiara en que las pilas lo librarán de la salida nocturna.

—Qué pilas ni pilas, Laborde —dijo el comisario—. Salimos ya.

Se fueron sin decir nada. Me pareció que Laborde iba de mala gana. Recién cuando todos salieron me di cuenta de que Carmen, muda, estaba sentada en uno de los sillones y miraba por la ventana. Tenía un camisón largo, y encima un chaleco de lana marrón. A un lado un impermeable de nylon que le había servido para

cruzar los metros que separaban la casa del hotel. El pelo le caía sobre la cara en mechones húmedos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Buscan a un muchacho que se perdió.

—¿Lo conocés?

—De vista nomás. Vive en las afueras del pueblo.

Fue a pescar a la laguna y no volvió.

—¿Van a salir en los botes?

—No, es muy peligroso. Con este viento los botes se dan vuelta como si nada. Van a rastrear toda la costa. Ojalá lo encuentren pronto.

Ella trajo dos tazas de té y las tomamos en silencio. No me gusta el té, pero esa vez me gustó. Nada de eso tiene que ver con nosotros, pensé. Nada: ni los gritos bajo la lluvia, ni los hombres con linternas, ni el muchacho desaparecido.

—A veces la gente se pierde —dijo ella—. Como el ingeniero Gabler.

Empecé a darme cuenta de que estaba terriblemente cansado, que me dolían los brazos por las horas de remo. Se me cerraban los ojos. Carmen puso su mano sobre la mía. Habló como una madre:

—Vamos, es muy tarde, Diego. Andá a dormir. Mañana todo va a estar bien.

VII

Dormí, pero a la mañana nada estaba bien. Me despertaron otros gritos. Padre e hija discutían. Abrí la puerta de la habitación.

—Ahora ese muchacho está muerto —decía el padre.

—Y yo qué tengo que ver.

—Fuiste a la isla.

—No fui, te dije que no fui.

—El bote no estaba.

—Solo me acerqué.

—Bastó para que él te viera.

—¿Quién?

—Ya sabés... Tu príncipe encantado...

—Será tu príncipe encantado... —Carmen había levantado la voz—. Sos vos el que va a dejarle ofrendas, el que se ocupa de que nadie lo moleste.

La bofetada sonó como un látigo en el silencio del hotel. Carmen gimió. El padre ya se había arrepentido, porque repetía el nombre de la hija. Fui hacia la ventana y vi cómo Carmen, que seguía con el camisón y el chaleco marrón, corría hacia el chalet.

Quería salir del hotel, pero a la vez no quería encontrarme con Laborde, porque adiviné que los reproches, por injustos que fueran, también estaban destinados a mí. Esperé media hora y al fin me decidí. Laborde estaba sentado en uno de los sillones del hall. Se frotaba la mano. La antigua herida de la mano.

—Usted, váyase de mi hotel —dijo.

Durante un momento de confusión hasta pensé en obedecer, solo para escapar de la situación.

—No me puedo ir hasta que llegue mi padre.

—¿Y dónde carajo está su padre?

—No sé...

—Ah, la lluvia... —Fue como si recién entonces se acordara de quién era yo—. Pero apenas venga a buscarlo, se irá.

—Claro que me voy a ir —contesté irritado—. Para qué querría quedarme en este pueblo.

—Este pueblo... —repitió Laborde.

Me arrepentí de inmediato y pregunté en voz baja:

—¿Encontraron al muchacho que desapareció?

—Sí. Estaba cerca de la orilla, entre los juncos.

—Me miró a los ojos. Pareció que por un instante disfrutaba de su respuesta—. Lo encontramos a él. Pero no encontramos su cara. Me temo que el velorio será a cajón cerrado.

VIII

Caminé por las calles del pueblo. Me preguntaba qué había querido decir Laborde. La tormenta había dejado calles embarradas y ramas caídas, pero fuera de eso todo seguía igual. Nadie en las calles. No tenía ganas de encerrarme en el bar, pero no tenía otro lugar adonde ir. Cruzaba los dedos. Que el viejo venga pronto. Que venga pronto y me lleve de este pueblo para siempre.

Traté de sacarme el barro de las zapatillas en el felpudo. En el bar había cinco hombres que conversaban animadamente, pero se callaron cuando entré. Durante unos segundos me estudiaron en silencio. Después siguieron hablando en voz baja. Llegué a escuchar que el comisario había ido a hacer unos trámites a una ciudad cercana, a causa del cadáver que habían encontrado. Con aire de entendido, alguien mencionó la palabra "autopsia". Tomé la misma mesa que el día anterior y el dueño del bar puso frente a mí un café, sin que lo pidiera.

Cuando todos se fueron, le pregunté:

—¿Qué pasó?

—Un muchacho que vive acá cerca, pasando el cruce de la ruta... Lo encontramos muerto ayer a la noche.

—¿Un accidente?

—Era medio pendenciero. Tal vez alguien lo andaba buscando, por alguna deuda vieja. Acá la memoria es larga, por no tener con qué distraerse. Ayer fuimos a buscarlo. Tuvimos que separarnos, para poder abarcar una zona más grande. Órdenes del comisario. El que lo encontró fue Kraus, el del almacén de ramos generales, que se puso a gritar como loco. El chico estaba boca arriba, entre los pastos de la orilla.

—¿Qué le pasó en la cara?

—¿Cómo sabe eso?

—Laborde me dijo.

El dueño del bar se acercó. Sabía que era mejor no decirle nada a un forastero, pero creo que tenía necesidad de hablar con alguien.

—Yo miré un segundo mientras el comisario lo iluminaba con la linterna y no quise ver más. Le habían cortado la garganta y después habían profanado el cuerpo. Faltaba la piel de la cara. De regreso yo comenté que tenía los ojos abiertos y el comisario me dijo: "¿Cómo no va a tener los ojos abiertos? Si no tiene párpados...".

Después el hombre del bar volvió a su puesto detrás del mostrador. De tanto revolver el café yo había volcado la mitad sobre el platito.

IX

Al salir del bar fui hasta la plaza, embarrada y desierta. Estaba el busto de San Martín, estaba el Monumento a la Madre, estaban los juegos en ruinas. Estaba

también, junto a un ombú, el doctor Crates. Un hombre de barba y lentes y moño al cuello, forjado en un bronce ya ennegrecido. Levantaba la mano, como si estuviera explicando algo.

Apenas volví al hotel fui a buscar el ejemplar de *Doctor Crates o la victoria sobre la lepra*.

En realidad no era exactamente un libro sino un ejemplar mimeografiado y luego encuadernado con tapas negras. Las letras lucían borrosas, pero igual se dejaban leer. Me senté en el sillón y me entregué a la lectura.

El doctor Crates había nacido en Rosario pero se había recibido de médico en La Plata y desde joven había trabajado para el ministerio de salud de la provincia de Buenos Aires. En 1940 consiguió fondos para instalar un instituto dedicado a la investigación sobre la lepra. Al principio se suponía que su instituto se ocuparía solo de cuidar a los pacientes y mantenerlos con vida, ya que se daba por sentado que el "mal de Hansen" (como se llamaba a la enfermedad) era incurable. Pero a partir del año '45 Crates empezó a mostrar resultados de curaciones milagrosas. El método Crates consistía en la aplicación de dos terapias; una batería de antibióticos —que por entonces eran novedosos— e injertos de piel. Los casos de curaciones comenzaron a crecer, sobre todo después de que Crates comenzó a aplicar sulfona como uno de los antibióticos.

La presencia del Instituto Crates explicaba el nacimiento del pueblo. Los tratamientos se prolongaban a veces durante más de dos años y muchos de los pacientes y sus familiares habían terminado por

edificar casas alrededor de la laguna. Por ese entonces los terrenos se remataban a muy bajo costo.

A veces se hacían autotrasplantes —es decir, trasplantes con piel del mismo paciente— y otras veces se utilizaba la piel de cerdos que se criaban en los fondos del instituto. Eran animales de una raza especial, de piel muy blanca, de textura parecida a la piel humana.

Pero hubo un caso que se mostró resistente a las terapias. Era un chico sin familia al que Crates había dedicado todas sus energías durante sus últimos años. Se llamaba Ismael. Tenía la cara y el brazo derecho completamente tomados por el mal, como invadidos por una espesa costra de color verdoso. Crates había hecho por él todo lo posible, pero los trasplantes fracasaron y los antibióticos no ofrecían resultado.

En la última página del libro decía: "El doctor Crates murió de un ataque cardíaco durante un viaje a Buenos Aires. No haber podido curar a Ismael fue la gran decepción de su carrera. A la muerte de Crates el instituto cayó en manos inexpertas y languideció durante dos años, hasta que fue cerrado en 1969. La isla de los cerdos blancos quedó desierta. Para entonces la lepra casi había desaparecido del país".

El libro no decía qué había pasado con Ismael.

X
Laborde bajó las escaleras y me miró.

—Acá estás. Llamó tu padre. Dice que todavía está atrapado.

—¿Dónde?

—En una estancia. Dice que solo hay agua a su alrededor. Espero que esté en buena compañía.

Laborde adivinaba la verdad, y su voz sonaba burlesca. Solo por irritarlo, le dije:

—Leí sobre el origen de Crates.

—¿Ah, sí? Habiendo tantas novelas policiales, el joven lee la historia de nuestro pobre pueblo. Es un honor que nos hace.

—Vi a alguien en una ventana del instituto. Me pareció que tenía una máscara.

—Ojalá fuera una máscara. Es su cara.

Traté de imaginar que aquella cosa oscura era una cara...

—Él no debe ver a Carmen —dijo Laborde.

—¿Quién?

—El hijo de Crates. Ismael. Lo hemos mantenido oculto, para que nadie lo molestara. Le hemos llevado alimentos para que no salga de la isla. Porque cuando él la ve, enloquece.

—¿Qué lo hace enloquecer?

—Tiene la cara de monstruo y brazo de monstruo, pero es un hombre. La conoce solo de lejos. Pero eso ha bastado. Está enamorado de mi hija. Si la ve, sale a matar. No por matar sino para tener una cara, ¿comprendes? Piensa que si él tiene una cara la tendrá también ella, que ella irá con él. Ocurrió hace cinco años, cuando ella era todavía una niña. Y ahora ha vuelto a ocurrir.

Tuve un sobresalto. Gabler, pensé.

—Él quiere repetir los experimentos que hacía el doctor Crates. Primero probó con los cerdos: los mató

a todos para sacarles la piel, pero no funcionó. Y cada vez que ve a Carmen, vuelve a probar.

Tardé en preguntar:

—¿Y Gabler?

—Gabler tuvo la mala idea de visitar la isla. Se le advirtió que no fuera, pero no hizo caso. Le gustaba explorar ruinas, juntaba cachivaches, viejas llaves, mosaicos decorados, molduras, picaportes. No sé si los vendía o los coleccionaba. Yo mismo tuve que ocuparme de borrar los rastros. Por suerte el agua lo traga todo: autos, hombres. Ocurrió entonces y ha vuelto a ocurrir ahora. Siempre es gente que viene de afuera la que tiene la culpa. Nosotros los de acá conocemos las reglas.

—¿Y por qué me lo cuenta? Yo podría hablar por ahí...

—No, usted no va a hablar porque resulta que usted es el culpable de que esto haya vuelto a ocurrir. Y si dice una palabra, mi amigo el comisario se va a ocupar de todo lo relativo a su silencio.

—Yo no hice nada.

—¿No? Todo estaba tranquilo, pero apareció usted y llevó a mi hija hasta la isla. Entonces Ismael volvió a tener esperanzas, y Dios nos libre de las esperanzas de los monstruos. Espero que las fotos no le hayan salido movidas.

Dejé el libro en su lugar y subí a mi habitación. La funda de la Zeiss Ikon estaba abierta. Yo estaba seguro de haberla dejado cerrada. Abrí la máquina. El rollo no estaba.

XI

Serían las diez de la noche cuando Laborde golpeó a mi puerta.

—¿Dónde está Carmen?

Iba a reclamarle el rollo de la máquina, pero lo pensé mejor:

—No sé. Hace horas que no la veo.

Dio una ojeada al cuarto, como si creyera que yo podía tenerla escondida en algún rincón. Después bajó a los saltos la escalera. Fui tras él.

Laborde se puso su traje de agua amarillo, buscó su linterna y salió del hotel. Lloviznaba. Aparté la cortina de tiras de plástico para observarlo. A la débil luz de su linterna estudiaba el espacio que separaba el hotel del muelle. Había pisadas en el barro. Laborde se agachó a miraras, como si fuera un detective capaz de interpretar esa confusión. Pronto encontró cerca del muelle algo que brillaba. Limpió con su pañuelo la hebilla de carey. Me pareció raro que algo tan común, algo que entraba en la palma de la mano, fuera la señal de algo terrible.

Le ofrecí mi ayuda pero me apartó de un empujón. Entró en el hotel y fue hasta el teléfono.

—Con el comisario, por favor... ¿José? Creo que se llevó a Carmen.

Laborde abrió con una llave la puerta de un mueble bajo el mostrador y sacó una escopeta de doble caño y media docena de cartuchos. Cargó la escopeta y guardó los cartuchos restantes en los bolsillos del traje de agua. Después colocó en su cinturón la funda de un hacha pequeña pero filosa, como las que se usan en los campamentos.

—¿Qué van a hacer? —le pregunté.

—Algo que debimos hacer hace mucho —dijo Laborde. En ese momento entró el comisario, vestido de civil, con una campera liviana, gris.

—¿Quiere que avise a alguien, Laborde? —pregunté. El comisario respondió por él:

—Si avisás a alguien te pego un tiro en la cabeza.

Salieron del hotel y los seguí. Caminaron hasta el muelle y bajaron por la escalerita de madera hasta uno de los botes. Pusieron los remos en los toletes y el comisario empezó a remar. Yo me quedé unos segundos en el muelle, viendo cómo el bote azul —que ya no era azul, que ahora era del color de las cosas en la noche— se alejaba en la oscuridad.

Sin pensar en lo que hacía, subí a otro de los botes. Tardé en deshacer el nudo que lo amarraba. Remé tan rápido como pude, pero el bote, a causa del peso del agua en el fondo, estaba pesado, lento. Mis zapatillas de lona estaban sumergidas en el agua. Por un instante me vi solo en la laguna, sin punto de referencia. Miraba hacia un lado y otro y no veía nada, ni la isla ni el hotel. Remé con fuerza, sin ver adónde iba.

De pronto el bote chocó contra el muelle. Había llegado a la isla. Pisé los escalones resbaladizos. Cuando terminé de amarrar el bote vi que una pistola me apuntaba a la cabeza.

—Tranquilo, José —dijo Laborde.

—¿Y qué hace acá?

—Metiéndose en lo que no le importa. Pero puede servirnos.

Laborde me agarró del brazo.

—Allá está la capilla, ¿ve? Fíjese si mi hija está allí.

—¿Está con él?

—No. Él acaba de entrar en el instituto. De eso nos ocupamos nosotros. Usted lleve a mi hija al hotel.

El comisario y Laborde partieron rumbo al edificio. Laborde llevaba la escopeta; el comisario, su pistola reglamentaria. Caminaban lentamente. No tenían gana ni prisa por llegar. Las botas se hundían en el barro.

Caminé por un sendero de latas oxidadas y botellas rotas. A un costado, sobre un madero de un metro de altura, estaba clavado el cráneo de un animal, seguramente un cerdo. Le habían pegado con cemento unos trozos de mosaico y vidrio, y colgaban del poste unas cuerdas sucias. Evité mirarlo, como si fuera un tótem capaz de transmitir un pesar o una maldición.

La puerta de la capilla estaba entreabierta. De los vitrales solo quedaban grandes dientes de cristal. Oí un aleteo de súbitos pájaros o murciélagos. Había un solo banco de iglesia, a pasos del mínimo altar, y en él estaba sentada Carmen, las manos juntas, como si rezara.

Repetí su nombre, pero ella no se dio vuelta. Al fin dijo:

—Oí la voz de mi padre.

—Está con el comisario.

—Que no le hagan nada, por favor.

—Nosotros volvemos al hotel.

La tomé del brazo. Quiso liberarse de mi mano pero la apreté con fuerza.

Hacía frío, a pesar de diciembre, y ella estaba completamente desabrigada, apenas la remerita blanca, empapada, una pollera de tela de jean y unas alpargatas. La conduje hasta el muelle. Antes de subir al bote me miró.

—Lo quieren matar, ¿no?

Recordé la escopeta, la pistola nueve milímetros, el hacha en la cintura de Laborde. La mentira me salió natural, como si la hubiera ensayado muchas veces:

—El comisario lo va a llevar preso por el crimen del muchacho.

—Pero él no tiene la culpa. Él es dulce. Habla con una voz que parece hecha de vidrios rotos. Y la máscara... Cuando le pedí que se sacara la máscara de piel, cuando le dije que quería ver su verdadera cara, me obedeció. Le hice comprender la verdad. Ya no le hará daño a nadie. Todo lo que hace lo hace por amor. Él no quiere hacer las cosas que hace. La soledad lo enferma.

Detrás de las ventanas del edificio, había un movimiento de linternas. Ismael podía aparecer en cualquier momento. Yo no tenía nada para defenderme. Apreté su brazo y la obligué a subir al bote. Preocupado por ella, resbalé en los escalones y estuve a punto de caer al agua. Quería irme pronto: si Carmen llegaba a oír algún disparo, se iba a querer quedar.

Remé en silencio a través de la niebla. Mientras nos alejábamos ella seguía con los ojos clavados en la isla, inclusive cuando ya había dejado de verse.

XII

La llevé hasta la puerta del chalet pero ella me dijo que había perdido las llaves de la casa. Iba a tener que estar en el hotel hasta que llegara su padre. Cruzamos la cortina de cintas de colores. Saqué una llave

del casillero y abrí una puerta de la planta baja. El colchón no tenía sábanas ni cobertor, pero no tenía ganas de buscar otra habitación. Le pregunté si quería un té o alguna otra cosa, pero no me contestó.

Se acostó sobre el colchón. Le saqué las alpargatas mojadas y limpié con una toalla el barro de sus pies. Busqué en el placard una frazada. Estaba por taparla cuando vi que tenía una especie de anillo en el dedo. Parecía un pedazo de caño de bronce, cortado con sierra. Le habían incrustado un pedazo de vidrio azul.

—Él me lo dio —dijo.

—¿Quién?

—El príncipe encantado.

Hablaba como en sueños. La cubrí con la frazada, que olía a naftalina. Dejé la luz del velador encendida, entorné la puerta y me fui al hall. Me senté en un sillón a la espera de que llegara Laborde. Quería avisarle que su hija estaba en uno de los cuartos, para que no se alarmara. Me quedé dormido de inmediato.

XIII

Al amanecer me despertaron los pasos de Laborde. Apenas entró se sirvió un vaso de cognac. Tenía las mangas amarillas llenas de barro y de sangre.

—Su hija está bien. Está dormida.

Laborde asintió, sin mayor interés. No me animaba a preguntarle qué había pasado. Me dolía el cuello por haber dormido sentado, y sentía los pies helados, por las zapatillas mojadas. Después de un rato de silencio dijo:

—No pude salvarlo.

—¿Al hijo de Crates?

—Al comisario. La pistola no le sirvió de nada. Ismael apareció de repente. Le cortó la garganta con un bisturí.

Laborde había descubierto la sangre que manchaba su traje de agua, y que la llovizna no había terminado de borrar. Se lo sacó y lo tiró en un rincón, con asco. Fue hasta la cocina. Lo seguí. Se lavó las manos con detergente. Se frotó con un cepillo hasta que la piel le quedó roja.

—A Ismael siempre lo cuidamos, le dejábamos comida en el muelle, a veces pedía herramientas. Pero hoy, apenas nos vio llegar, supo que íbamos a matarlo. Es como los animales. ¿Ha matado a un chanco alguna vez? —Negué con la cabeza, como si él realmente esperara mi respuesta—. Cuando uno va a matar a un chanco, el animal siempre lo adivina. No son como corderos, no se entregan. Miran distinto, chillan. Ismael supo lo que se venía. Se defendió. Hubiéramos debido pensar algún plan, engañarlo. Pero bueno, no somos grandes cráneos, ¿no? Somos lo que hay.

—¿Y qué pasó con Ismael?

—Terminó, la cosa terminó. Si alguien pregunta, diga que no sabe nada. Voy a decir que el comisario se hundió con el bote, en medio de la tormenta. No se le ocurra andar hablando por ahí. Recuerde que todo empezó por usted.

Se secó las manos con un repasador. Supo dónde dormía Carmen porque la puerta estaba entreabierta. Desde el umbral, miró a su hija. Lo iba a dejar solo con ella, pero me tomó del hombro.

—Ah, me olvidaba, le tengo que encargar un trabajo.

—¿Ahora?

—Es mejor que sea ahora, sí.

Fue a buscar su vaso de cognac al escritorio de la recepción. Vació el vaso y acercó su boca a mi oreja. Dijo en voz baja:

—La escopeta no disparó. Los cartuchos estaban húmedos. Lo maté con el hacha. Yo estaba como poseído, no podía parar... Todo estaba oscuro. Cuando arrastré el cuerpo afuera me di cuenta que algo había quedado dentro del edificio... Envolví el cuerpo en una lona, le puse peso y lo tiré al agua.

Volvió a servirse cognac.

—¿Qué es lo que quedó dentro del edificio?

—El brazo. El brazo deforme. Tiene que ir a buscarlo y deshacerse de él. Hay que borrar todos los rastros.

No podía creer que en serio me estuviera pidiendo eso. Me lo quedé mirando.

—Tengo dieciséis años...

—Qué me importa cuántos años tiene. Alguien debe hacer el trabajo.

—Mañana mi padre me viene a buscar y entonces me voy a ir... Yo no tengo nada que ver con este pueblo.

Levantó la voz. Me pareció un milagro que Carmen no se despertara.

—Claro que tiene que ver. Usted tiene la culpa. No hubiera pasado nada de todo esto si no la hubiera llevado a Carmencita. ¿Entiende? Usted trajo la peste entre nosotros. Ahora tiene que ayudarme. Ya

conoce el camino. En cualquier dirección que reme, llega a la isla. No hay cómo perderse. No hay otro lugar adonde ir.

Lo vi tan alterado que corrí a mi habitación. Cerré la puerta con dos vueltas de llave.

Escuché los pasos de Laborde en la escalera. Subía despacio, estaba agotado. Llegó hasta mi puerta y golpeó con fuerza. No respondí. Estaba más tranquilo cuando habló, como si quisiera convencerme.

—Tiene que hacer ese trabajo. Así no queda ninguna huella. Así todos nos olvidamos de todo.

Me quedé sentado en la cama, inmóvil, escuchando las palabras de Laborde detrás de la puerta. Me habló de los viejos tiempos, de los pacientes que llegaban con sus llagas atroces, esperando que Crates los salvara. Crates lo había curado a él, cuando la enfermedad estaba a punto de destruir su juventud, y había curado al comisario y a otros en el pueblo. Por eso habían cuidado a Ismael, como un modo de agradecimiento al médico que los había salvado.

Laborde habló hasta que su voz se convirtió en susurro y silencio. Oí los pasos que bajaban las escaleras, más lentos que antes. Pensé que volvería con una copia de la llave para abrir la puerta, pero no. El cansancio y el cognac habían hecho su trabajo.

Me saqué las zapatillas mojadas; por suerte había traído otro par, unas Pampero tenis. Metí en el bolso las pocas cosas que tenía y me senté en la cama a esperar a mi padre.

XIV

Me dormí vestido y con las zapatillas de tenis puestas. El ruido de un auto me despertó. Miré el reloj que me habían regalado cuando cumplí quince años: eran las ocho y media de la mañana. Vi por la ventana el Falcon familiar. Abrí la puerta y bajé las escaleras sin hacer ruido.

Nos encontramos en el hall. Mi padre se sorprendió de mi abrazo.

—Vamos ya —le dije.

—Esperá, tengo que pagar. Además no me puedo ir sin saludar a Laborde.

—Dijo que no iba a estar a la mañana, que tenía que hacer un trámite. Que, si venías, dejaras la plata.

Mi padre hizo un cálculo y dejó un poco de más: propina para Carmen. Buscó una birome y un papel y escribió un saludo a Laborde. No vi nada tan lento como su mano dibujando las letras, nada cuyo fin haya aguardado con tanta ansiedad. Yo saqué de mi bolso el libro de Bradbury, escribí "para Carmen" y lo dejé en el mostrador. La puerta del cuarto seguía entreabierta, pero no me animé a despertarla, ni a ver si todavía estaba allí.

El Falcon esperaba bajo el sol. El barro que cubría los paragolpes empezaba a secarse.

A mitad de camino mi padre me convidó una pastilla de menta. Como no apartaba los ojos de la ruta, dejó caer la pastilla antes de tiempo y rodó del asiento al piso. Tanteé la alfombra de goma y en vez de la pastilla encontré un aro de mujer, que no era de

mi madre. Un arito enchapado en oro, con forma de corazón. A mí, que acaba de venir de la isla de los cerdos blancos, todo aquello me parecía insignificante: los celos de mi madre, la aventura de mi padre, las mentiras.

Ya había anochecido cuando cruzamos el Riachuelo. Barcos hundidos y olor a podredumbre. Me dijo:

—Diego, no quisiera que tu madre se preocupara porque te dejé solo. Si se entera, me lo va a reprochar toda la vida. Cuando te pregunte, decile que no nos separamos. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Abrí la ventanilla y tiré el aro con forma de corazón.

Pasé el verano temblando cada vez que sonaba el teléfono: pensaba que era Laborde, para exigirme el cumplimiento de su encargo. Pero en los meses siguientes no volví a tener noticias suyas ni de Carmen. Aunque apenas la conocía, no me perdonaba haberla abandonado así, sin otro saludo que un garabato en la página de un libro. A veces me decía que Laborde tenía razón, que todo era culpa mía.

Terminé el secundario, aprobé el examen de ingreso a la universidad y entré en la carrera de Historia. Mi padre había insistido en que siguiera Agronomía. Como para compensar esa decepción de vez en cuando lo ayudaba con su trabajo; agarraba el Falcon familiar —que para entonces arrancaba con alguna dificultad— y tomaba la ruta 2 o a veces la 7. Mi padre ya estaba cansado de viajar y a mí en el fondo me gustaba ir solo por la ruta, con el pasacassette a todo volumen. Siempre me llevaba mis libros de la facultad. A veces tenía

que parar en hoteles para viajeros, y ahí, a falta de otra diversión, me dedicaba a estudiar para los exámenes.

Ya estaba promediando la carrera cuando volví a Laguna Crates. Era diciembre y hacía un calor sofocante. Tenía que ir a ver a un cliente al sur de la provincia cuando de pronto vi el cartel: Laguna Crates, 5 km. Sin pensarlo, entré en el camino de tierra. Creo que quería demostrarme a mí mismo que las cosas que me habían asustado en la adolescencia ya no tenían poder sobre mí.

El pueblo seguía como antes, pero me agradó descubrir un restaurante nuevo -Parrilla La Alborada- y también algunas casas en construcción. El hotel, en cambio, no parecía haber cambiado; al menos, no para mejor. La casa de los Laborde lucía ligeramente abandonada; les faltaba una mano de pintura a las paredes y que alguien se ocupara de malvones y margaritas.

Abrí la puerta de vidrio y crucé la vieja cortina de cintas de plástico. No había nadie. El cucú y la cabeza de jabalí seguían en su lugar. No me animé a llamar. Tenía miedo de que Laborde apareciera.

Miré en la biblioteca hasta descubrir mi ejemplar de tapas verdes de *El país de octubre*. Lo tomé.

—Podés llevártelo —dijo una voz.

Era Carmen. Había salido de la cocina. Llevaba un vestido blanco. ¿Qué le había pasado? No era que hubiera perdido su belleza, pero una luz se había apagado. Estaba muy flaca y bajo los ojos había una sombra violácea, como si hubiera pasado la noche sin dormir. Había tanta gravedad en sus ojos que no me atreví a saludarla con un beso en la mejilla.

—El libro era para vos —le dije.

—No me gustan las cosas alejadas de la realidad.

—Que lo lean los huéspedes, entonces.

—Los huéspedes no leen. Llegan a la noche, duermen, y a la mañana se van.

Intimidado por el tono de sus palabras, recogí el libro.

—Cuando me fui, aquella vez, no pude saludarte.

—Ni me acordaba si nos saludamos o no. Total, para qué sirven las despedidas.

—¿Y tu padre? —pregunté.

—Murió hace dos años.

No tenía experiencia en dar el pésame. Cuando encontré en mi mente una frase para decir (“Lo lamento mucho”), ya era tarde. A ella no pareció importarle que no dijera nada.

—Fue de golpe. Había salido a remar, solo. A la hora de la cena me asusté. Siempre era puntual con la cena: comía a las ocho y media. Pasé la noche sin dormir, esperando sus pasos. Lo encontré a la mañana siguiente, a la deriva. La corriente trajo el bote hasta la orilla. Yo me quedé a cargo del hotel.

—¿Vos sola?

—Una señora me ayuda con la limpieza.

—¿Y tus planes de irte?

—Ya no tengo planes.

Me sentía algo cohibido. Dije que solo había pasado a saludar, que tenía que ver a un cliente doscientos kilómetros más al sur.

Ya caminaba hacia el auto cuando me detuvo:

—Esperá. Quisiera que saludaras a mi marido.

—¿Te casaste?

No contestó y se encaminó hacia el chalet. Yo iba a inventar alguna excusa, pero ella ya había abierto la puerta de la casa. Aunque el frente de la casa estaba descuidado, en el interior todo parecía haber sido limpiado una y mil veces. Unos cacharros de bronce brillaban, recién lustrados. El parquet olía a cera. Había patines de lana tejida al crochet; los evité y ella también. En las repisas se acumulaban animalitos de cristal. Platos decorados con rosas y colibríes colgaban de las paredes. Carmen no había agregado ningún detalle que delatara su juventud: era la casa de sus padres tal como se la habían dejado.

Me hizo avanzar por un pasillo lleno de viejas fotos familiares enmarcadas en dorado. En el fondo esperaba una puerta. La abrió y se hizo a un lado, para dejarme pasar.

—Mi marido —dijo.

Me asomé a la habitación. Un poco de luz entraba por la ventana. Sobre la enorme cama matrimonial de madera oscura había un acolchado blanco, tan rígido que parecía una losa de mármol. Apenas se combaba en el centro, por el peso de un único objeto: un brazo cortado a la altura del codo. Desde el corte hasta la punta de los dedos el brazo momificado estaba cubierto por una abominable costra verdosa. Distinguí en el dedo índice un tosco anillo de bronce, con una piedra de vidrio. Miré la mano de Carmen: ahí estaba el otro, idéntico.

Caminé a paso veloz hacia la salida. Me subí al Falcon que, contra su costumbre, arrancó de inmediato. Carmen me miraba desde el umbral del chalet. A través del

vidrio del auto vi algo peor que la reliquia sobre el acolchado blanco: vi la sonrisa de Carmen.

En pocos minutos dejé atrás las últimas casas de Crates: por el espejo retrovisor solo se veía una nube de polvo.

En 1912 visitó la ciudad por primera vez el célebre mago Malturian. Se hospedó en el hotel Ancona, en la Avenida de Mayo, y comenzó a dar funciones los viernes y los sábados a la tarde en el teatro Gloria. Al mes de su llegada, cuando notó que empezaban a abundar las butacas vacías, citó al periodismo y al público en la costanera con la promesa de un truco jamás visto. Allí, en una mañana de invierno, se hizo atar con cadenas. Sonrió y habló interminablemente, sentado en el interior del baúl, antes de que lo cerraran. Había contratado a dos levantadores de pesas para que cumplieran con la ceremonia. Después de cerrar los enormes candados de hierro, los dos forzudos levantaron el baúl y lo arrojaron a las aguas agitadas.

El silencio de la espera duró diez minutos. Los espectadores pidieron una respuesta a los asistentes del mago, que prefirieron alejarse del lugar antes de que llegara la policía. La multitud se fue desgranando poco a poco; cada uno que se iba, le daba una última mirada al río vacío.

A la mañana siguiente un buzo, con una escafandra de bronce, se sumergió en las aguas oscuras sin encontrar a Malturian ni al baúl. En los diarios, prolijas necrológicas recordaron la trayectoria del mago, sus giras por el mundo, su expulsión de París por haber dejado suelta una pantera por las calles después de haberla hecho desaparecer del escenario.

A los quince días Malturian apareció sano y salvo y retomó sus funciones en el teatro Gloria. El público aplaudió su resurrección; los periodistas pidieron en vano que explicara su truco. Había ganado nuevos admiradores, pero los más fieles desconfiaron. Lo encontraban distinto. Un poco más alto, y más delgado. Malturian anunció que se quedaría a vivir en la ciudad.

Después de unos días los periodistas dejaron en paz a Malturian, excepto Jorge Reinz. Había entrado a trabajar en el principal diario de la ciudad pocos meses atrás, y su primera nota había sido la llegada de Malturian al país. Reinz convenció al jefe de redacción, Artemio Prater, de que lo dejara viajar a Europa, con la promesa de conseguir pruebas de una verdad escandalosa sobre la identidad de Malturian. Prater había sido un periodista aventurero en su juventud, pero ahora prefería permanecer en el diario, renunciando a los viajes; había descubierto que en las intrigas internas de un periódico se desarrollan aventuras que prescinden de escenarios exóticos, pero que son un símbolo más depurado de la experiencia humana. Aceptó que Reinz viajara, quizás porque se reconocía en la ciega determinación del otro, en la fe que ponía en buscar la verdad, como si no fuera un trabajo arduo e incierto, sino el descubrimiento de

una palabra mágica que una vez obtenida queda así para siempre.

Reinz viajó; a los dos meses volvió con recortes de diarios, con una caja llena de fotografías y con una hipótesis.

“Malturian no es un hombre. Quizás en un principio lo fue, pero ya no. Es una sociedad internacional de magos suicidas. Cuando uno de ellos muere en uno de sus trucos, otro lo reemplaza. Así perpetuaron en todo el mundo el nombre del mago”.

La hipótesis de Reinz fue publicada en el diario, pero Malturian, que desde hacía un tiempo se negaba a salir de su cuarto en el hotel Ancona, no respondió a las acusaciones. Solo reapareció cuando se incendió el teatro Gloria.

El fuego comenzó en uno de los camarines y se extendió a las butacas. Los bomberos no podían entrar por temor a un derrumbe. Apenas oyó la noticia, Malturian salió del hotel, llegó hasta el cerco de los bomberos y trató de cruzarlo, pero los policías lo alejaron. Media hora más tarde la multitud lo vio, asomado a una ventana del teatro, con capa y galera. Los bomberos acercaron una lona y le pidieron que saltara. Malturian mostró la galera, sacó de ella tres conejos y los dejó caer sobre la lona. El humo rodeó al mago. Unos minutos después el frente del teatro se derrumbó.

Los diarios comentaron con brevedad, cautela y verbos condicionales la muerte de Malturian. Entre las cenizas se encontró un cuerpo irreconocible.

En los días siguientes no se habló de otra cosa que de la nueva muerte del mago, y corrían las apuestas sobre su desaparición definitiva o su regreso

triunfal. A la semana siguiente, otros temas ocupaban la imaginación de la gente, porque siempre hay nuevos personajes que suben a escena y que empujan a los viejos al depósito de utilería. Solo Reinz no olvidó. Cuando leyó un pequeño artículo publicado en Milán sobre la actuación de Malturian, le pidió a Prater que le permitiera viajar a Italia. Prater hizo que le entregaran el dinero para el pasaje y para un mes de comidas y hotel.

Cuando el plazo venció, llegó a la redacción un cablegrama en el que Reinz anunciaba que seguiría la investigación por sus propios medios. En el año siguiente, Prater comenzó a recibir las pruebas reunidas por Reinz: notas en distintos idiomas, declaraciones de testigos, fotos en las que Malturian aparecía demasiado delgado o gordo, o con aspecto de árabe... En una fotografía tomada a la salida de un teatro su silueta parecía la de una mujer. Prater publicó todos los artículos de Reinz (y que eran, en esencia, un solo artículo escrito en el recurrente idioma de la obsesión). Si Prater publicó ese material fue porque sabía que Reinz necesitaba el dinero, pero en realidad al público habían dejado de interesarle hacía mucho tiempo las hazañas de Malturian. Después la correspondencia se interrumpió. Cada tanto algún colega se acercaba al escritorio de Prater a preguntar si tenía noticias de Reinz. El jefe de redacción respondía que había encontrado otro trabajo y que había abandonado hacía mucho la investigación. No le dijo a nadie que estaba seguro de que la investigación, llegaran o no informes, proseguía.

Pasó casi un año hasta que llegó al diario un nuevo envío destinado a Prater. Era un sobre sin remitente;

adentro solo había un aviso de un diario editado en alguna ciudad norteamericana. Malturian asomaba la cabeza de un barril, junto a las cataratas del Niágara. Prater leyó con dificultad el texto, saturado de adjetivos (“sorprendente”, “aterrador”, “vertiginoso”) y precisiones sobre la altura del salto y la velocidad de la caída. Aunque en la foto la cara de Malturian era borrosa, Prater adivinó en su expresión de inútil desafío los rasgos de Reinz.

El estudio de la zona de influencia de un punto de venta es un aspecto fundamental en el análisis de mercado. Permite determinar el área geográfica desde la cual los consumidores acuden a dicho punto de venta. Este análisis es crucial para la planificación de estrategias de marketing y la optimización de recursos.

Existen varios métodos para determinar la zona de influencia, como el método de gravedad, el método de la distancia y el método de la población. Cada uno de ellos tiene sus propias ventajas y limitaciones, por lo que es importante elegir el más adecuado para cada caso.

El método de gravedad considera que la influencia de un punto de venta disminuye a medida que aumenta la distancia. Este método es útil para determinar la zona de influencia de un punto de venta en un terreno llano.

El método de la distancia considera que la influencia de un punto de venta es inversamente proporcional a la distancia. Este método es útil para determinar la zona de influencia de un punto de venta en un terreno montañoso.

La zona de influencia

La zona de influencia de un punto de venta es el área geográfica desde la cual los consumidores acuden a dicho punto de venta. Este análisis es crucial para la planificación de estrategias de marketing y la optimización de recursos.

Existen varios métodos para determinar la zona de influencia, como el método de gravedad, el método de la distancia y el método de la población. Cada uno de ellos tiene sus propias ventajas y limitaciones, por lo que es importante elegir el más adecuado para cada caso.

El método de gravedad considera que la influencia de un punto de venta disminuye a medida que aumenta la distancia. Este método es útil para determinar la zona de influencia de un punto de venta en un terreno llano.

Tardé cuatro horas en llegar a la casa del doctor Sáenz. Después de salir de la autopista tomé un camino lateral en la dirección equivocada y anduve largo rato perdido. Había trabajado con él dos años atrás, cuando aparecieron los primeros casos de la enfermedad. Ahora el mismo doctor Sáenz, que había recorrido el país para conocer los casos y trazar la más completa descripción del mal, estaba enfermo. Aún no se sabía cómo se producía el contagio.

La casa mostraba esos ligeros signos de deterioro, que aislados son insignificantes, pero reunidos conducen a la ruina. A pesar de haberlo tratado casi diariamente, no sabía nada de su vida. Sáenz era uno de esos científicos que dejan en claro, apenas uno los conoce, que su verdadera identidad está puesta en el trabajo.

Había olvidado cargar combustible y el tanque estaba casi vacío cuando me detuve frente a la casa. En una de las ventanas del segundo piso se asomó una muchacha. Aun antes de haberla mirado detenidamente, supe que era hermosa; tenía esa clase de aura que se

impone inclusive a la lejanía y la distracción. Llevaba un anticuado vestido azul.

No me abrió la puerta la muchacha, como hubiera deseado, sino la esposa del médico. Recordé haberla visto en un congreso, pero ella no se acordaba de mí. Como algunos periodistas se habían acercado a la casa, mostró reservas para hacerme pasar y solo aceptó cuando le hablé del trabajo que habíamos hecho en común con su marido.

Me hizo sentar en un sillón y me sirvió un café en un pocillo que tenía una rajadura. Pensé que quería examinarme antes de permitirme ver al enfermo, pero en realidad solo tenía necesidad de hablar. Conversamos de conocidos comunes y de las ventajas de vivir en la zona, todavía libre de edificaciones. Cuanto más tratábamos de ignorar la enfermedad, más invadía la conversación, y aun los comentarios triviales parecían metáforas del mal. Le pregunté cómo estaba su marido, si había mejorías.

—Ninguna. Con cada cosa que aparece, él se debilita más y más.

—¿Son objetos reconocibles?

—Casi siempre, sí. Algunos parecen a medio terminar.

—¿Inanimados?

La mujer vaciló. Quería responder otra cosa, pero dijo:

—Sí, siempre. ¿Otro café?

Fuimos a un cuarto apartado de la casa. La mujer golpeó antes de entrar y dijo mi nombre. Se oyó una voz débil. Aun así la voz sonó investida del poder.

Sáenz estaba consumido. Los brazos, con las venas marcadas, mostraban señales de pinchazos inútiles. Tenía los ojos clavados en el cielo raso. Al principio no

distinguí nada: parecía hiedra o telaraña. Después vi los objetos envueltos en los hilos repulsivos: una tijera, una fotografía de gente sin rostro, una rosa que crecía hacia abajo. Había muchas otras cosas sin terminar. En general los objetos eran más chicos que los originales. También invadían la alfombra. Caminé con cuidado para no pisarlos.

—¿Es una visita social o profesional?

—Hace tiempo que no sé cuál es la diferencia. ¿Le hicieron un pronóstico?

—Puedo sobrevivir tres meses. La nueva droga que estábamos probando fracasó. Reduce la formación de objetos, pero no mejora al paciente. Provoca extrañas malformaciones. Las cosas se materializan gastadas, rotas.

Miré a mi alrededor. Había cosas en el piso, junto a la cama, pero no mucho más allá. Cubrían un radio de tres metros. Hasta poco tiempo atrás no se conocían casos de un área mayor a los dos metros cuadrados. El mal agrandaba su zona de influencia.

—¿Reconoce los objetos? —pregunté.

—Algunos. Otros no. La enfermedad saca sus modelos de rincones remotos, de cosas que vimos al pasar. Estoy cansado, doctor.

—¿Y la voluntad?

—No funciona. Intenté, pero no pude modelar nada. Si me dejan elegir, materializo la hoja de una guillotina y, con un último esfuerzo, la hago caer.

Le costaba reír.

—Algo me consuela: me toca morir en una época en la que somos una curiosidad, una aberración, pero no

un peligro. Pero pronto la zona de influencia crecerá. Modificaremos áreas más vastas. La enfermedad solo tiene dominio sobre lo inanimado, pero no está lejos el día en que actúe sobre los otros. Usted mismo, ahí sentado, tratando de disimular la piedad, podría sufrir una transformación. Entonces tendrán que deshacerse de los contagiados. Al primer síntoma, una ejecución.

Recogí del piso un pequeño libro para niños. En la tapa, el dibujo de un dragón. Los libros eran poco comunes. Había algunas palabras escritas y unas pocas ilustraciones de mediados del siglo xx.

—¿Lo lleva para fotografiar? Tiene que hacerlo rápido. Apenas un objeto sale de la zona de influencia se empieza a deshacer. Mientras esté en la casa, las cosas mantienen su forma, después se convierten en ceniza.

Me llevé el libro de la habitación. Iba a hacer la prueba de sacarlo de la casa pero lo dejé en una repisa. Me sentía un intruso. En el fondo del pasillo vi a la chica del vestido azul. Pensé que me abriría la puerta, pero se fue. Era una actitud común en los parientes: cansados de la brusca aparición de los objetos, se dedicaban a desaparecer de improviso.

Durante los meses siguientes visité a Sáenz cada quince días. Él quería que yo hiciera un seguimiento exhaustivo de la enfermedad. El hecho de saber que en la casa estaba la muchacha, y no solo el horrible proceso de destrucción, aligeraba mis visitas. A veces la veía en la ventana; otras en el fondo de la sala, frente a una taza de té que se enfriaba, siempre con su vestido azul. Alguna

vez le hablé a Sáenz de su hija, pero no le dio importancia: la enfermedad era su único tema.

En junio Sáenz entró en agonía y su esposa me llamó al hospital para pedirme que fuera rápido. Una congestión en la autopista me demoró más de lo acostumbrado. Me pareció que todos esos autos eran convocados por mis deseos secretos de llegar tarde y así evitar enfrentarme al moribundo. Pensé en la chica del vestido azul, para hacer más fácil ese viaje.

Cuando llegué, el médico ya había muerto. Su esposa dudaba un poco del carácter definitivo de la muerte, no por dolor ni por sorpresa, sino porque la enfermedad la había acostumbrado a tal punto a la extrañeza, que la resurrección le hubiera parecido un milagro trivial. Me hizo pasar al cuarto del fondo. No quedaba ningún objeto, se habían convertido en cenizas que ahora se extendían sobre la cama y el cuerpo. Con la muerte del dios, las cosas creadas se apagaban. Solo la mano derecha había quedado fuera de la capa gris, crispada en un gesto que parecía una orden.

Abrí las ventanas. La casa ya estaba libre de la enfermedad, y de la barrera que había impuesto entre nosotros. Ahora podía buscar a la chica del vestido azul. Pensaba consolarla: consolarla de su dolor y de su alivio. Le pregunté a la viuda por su hija, y respondió que nunca habían tenido hijos. Recorrí en vano cuartos y pasillos, hasta encontrar, en un rincón del comedor, la taza rota, el té derramado y la ceniza.

El alumno nuevo

El primer día de clase, el profesor se levantó temprano y se puso a preparar el aula. Había una pizarra nueva que había comprado en la tienda de la esquina. La pizarra era blanca y brillante, y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir en ella las palabras que iba a usar durante la clase. Él se puso a escribir con un tintero que había comprado en la tienda de la esquina. El tintero era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un lápiz que había comprado en la tienda de la esquina. El lápiz era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un bolígrafo que había comprado en la tienda de la esquina. El bolígrafo era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un rotulador que había comprado en la tienda de la esquina. El rotulador era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un marcador que había comprado en la tienda de la esquina. El marcador era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un lápiz que había comprado en la tienda de la esquina. El lápiz era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un bolígrafo que había comprado en la tienda de la esquina. El bolígrafo era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un rotulador que había comprado en la tienda de la esquina. El rotulador era de color azul y se veía muy bien. El profesor se puso a escribir con un marcador que había comprado en la tienda de la esquina. El marcador era de color azul y se veía muy bien.

Hacia un mes que habíamos empezado sexto grado cuando la maestra hizo pasar al alumno nuevo. Todo en él era perfecto: el guardapolvo almidonado, los zapatos negros recién lustrados, el pelo dorado, los ojos azules, hechos para el asombro.

La maestra lo sentó junto a la ventana que daba al patio, al lado mío. Apenas se sentó el alumno nuevo dio una mirada por encima del hombro, como si le interesara ver lo que yo había escrito en mi cuaderno. No me gustaban los curiosos, menos los copiones, y lo cerré.

En los días siguientes el alumno nuevo sufrió algunos ataques de los varones, que lo encontraban demasiado pulcro, demasiado silencioso, demasiado rubio. Como los miraba impávido, se aburrieron de atacarlo y lo dejaron en paz. Cuando me acercaba a él me parecía oír un tic-tac; e imaginaba que tenía escondido un reloj que lo ayudaba con la puntualidad, ya que nunca lo vi entrar a la escuela ni un minuto antes, ni un minuto después.

Las chicas estábamos encandiladas por sus ojos azules. Una por una nos fuimos acercando, y una por una nos fuimos alejando. Era tímido, y casi no miraba a la cara, solo a los cuadernos abiertos, y cuando miraba a la cara con sus ojos enormes una tenía que desviar la vista. Nos asustaba un poco su mirada, como si viera todas las cosas desde lejos, como si fuera un príncipe que hubiera decidido salir del palacio por unos días para llevar la vida de un chico común, pero que sabe que nada de todo eso es real, y que el palacio lo espera con sus habitaciones de oro.

Él siguió mirando mi cuaderno por encima de mi hombro, y yo lo cerraba para que no se copiara. Pero pronto fue evidente que no tenía ninguna necesidad de copiarse porque jamás se equivocaba y siempre se sacaba felicitado. Los exámenes que nos llevaban una hora él los hacía en cinco minutos, y después se quedaba mirando el patio vacío, como si la caída de una hoja de un árbol o el vuelo de algún pajarito fueran un espectáculo digno de la mayor atención.

No tenía hermanos, no tenía madre, vivía con su padre, que había puesto a tres cuadras de la escuela un negocio con un cartel que decía "Casa de Modelismo Adam". Vendía trenes eléctricos, máquinas de vapor, barcos en botellas y algunos aviones de madera balsa para armar. Cuando yo pasaba frente a la vidriera, camino a la escuela, el padre siempre estaba reparando alguna locomotora con unos destornilladores largos y finitos, con los que ajustaba unos tornillos diminutos.

En agosto el alumno nuevo faltó tres días seguidos y a la salida la maestra me llamó aparte y me dijo:

—Ema, ya que te queda de paso, ¿no le preguntarías al señor Adam por qué falta su hijo?

Diez minutos después entré al local. No había nadie detrás del mostrador. "Señor Adam", llamé con timidez, pero nadie respondió. Una cortina roja separaba el negocio del taller. Corrí la tela justo lo suficiente para asomar la cabeza. Por la claraboya entraba una luz gris. Me quedé muda y rígida tratando de entender lo que estaba viendo.

El alumno nuevo estaba tendido en una mesa. No tenía guardapolvo ni camisa, y de su pecho abierto asomaban infinidad de mecanismos: cables, transistores, baterías, engranajes dorados. Vi, en el lado izquierdo, una especie de cápsula de acero, vagamente parecida a un corazón. Con los mismos destornilladores finitos que usaba para reparar los trenes, el padre trabaja en los mecanismos de su hijo. El alumno nuevo tenía los ojos abiertos. Me fui sin hacer ruido. Temblaba.

El alumno nuevo volvió al colegio al día siguiente. A nadie dije nada de mi descubrimiento. Pero no volví a hablar con él. Cuando estaba cerca me parecía oír un horrible tic-tac que salía del interior de su pecho y que se hacía más fuerte y rápido cuando yo estaba cerca. Indiferente a mi rechazo siguió espiando mi cuaderno, como si en mis mapas mal hechos y en mis errores de ortografía hubiera algo que pudiera rivalizar con su perfección.

Terminó sexto y séptimo se fue muy rápido. A mediados de enero, en un día de calor sofocante, pasé por el local. La vidriera estaba vacía de trenes y, en vez de “Casa de Modelismo Adam”, un cartel decía: “Se alquila”.

Pasaron los años. Terminé la secundaria, me recibí de maestra. Conseguí trabajo en un colegio que estaba cerca del Parque Chacabuco. Llevaba cuatro años como maestra de sexto grado cuando una mañana de abril el director golpeó a la puerta del aula y dijo que tenía que presentarme a un alumno nuevo. Entonces entró él, idéntico a como lo había conocido, con su pelo dorado y sus ojos azules, solo que los zapatos estaban sin lustrear, y el guardapolvo (si es que era el mismo) ya no lucía como antes. Lucía real, con algún remiendo y alguna mancha.

Cuando sonó el timbre y todos se fueron al recreo, lo retuve. No hizo falta que le dijera quién era yo, me había reconocido de inmediato, a pesar de los años. Le pregunté por su padre.

—Se instaló acá cerca. Cada dos o tres años tenemos que cambiar de barrio, para que la gente no se dé cuenta de que todos cambian y yo no.

—¿Y no te aburre la escuela, estudiar siempre lo mismo?

Me miró con sorpresa.

—Al contrario. Tengo tantas cosas que aprender.

—¿Qué podés aprender? Hace diez años, cuando éramos compañeros, ya sabías todo.

—Hace diez años no sabía nada. Pero cada año adelanto un poco. Mi padre está muy orgulloso de mí.

Ahora no usaba valija, sino mochila. Sacó un cuaderno.

—Es el del año pasado. Mirá... perdón, mire cómo adelanté.

Fue pasando las páginas. Cuando me acerqué el tic-tac se hizo más rápido, pero además sonaba distinto. El alumno nuevo señalaba con orgullo una cuenta de dividir mal hecha, un error de ortografía, una mancha de tinta, las correcciones en rojo de la maestra. Comprendí entonces por qué había espiado sobre mi hombro. Comprendí cuál era la lección que todos, a lo largo de los años y de los pupitres repetidos, le habíamos enseñado sin saberlo. Le había llevado años, pero el alumno nuevo ya sabía equivocarse. Y por un instante el tic-tac de su pecho sonó como el latido de un corazón.

I
En abril de 1984 empecé a trabajar en una revista de espectáculos de la editorial Libra. Tenía veintiún años, borceguíes y barba. La redacción estaba en un quinto piso y sus ventanales daban a la avenida Paseo Colón. Las máquinas de escribir siempre se rompían, así que terminábamos con las manos sucias de grasa o de tinta. Todos, redactores y diagramadores, entrábamos a las once de la mañana y nos íbamos a las seis de la tarde, excepto una persona.

Silvio Drech llegaba temprano y al mediodía se marchaba. Era un veterano periodista de policiales, que desde mediados de los años cincuenta trabajaba por las tardes en el diario *Clarín*. Amaba su trabajo por sobre todas las cosas: inclusive los fines de semana agarraba el auto y se iba a investigar crímenes horrendos y desapariciones inexplicables. En su juventud había leído a Poe, a Conan Doyle, a Leroux, y por eso no vacilaba en arriesgar la hipótesis de venenos exóticos o arcos voltaicos que fulminaban muchachas en bañeras. Sin embargo,

no tenía nada de la frialdad de los grandes detectives, sino la simpatía humana del teniente Columbo. Aunque sus crónicas policiales eran famosas, venía a nuestra revista para cumplir con una afición secreta: el esoterismo. Astrólogos, médiums, profetas y constructores de pirámides peregrinaban a la redacción para verlo.

—Soy el único que los escucha —decía Drech con melancolía. Sabía que no hay nadie más necesitado de publicidad que aquel que predica el secreto.

En su escritorio, siempre desordenado, se mezclaban fotos de famosos crímenes con otras que daban cuenta de la búsqueda de ovnis o la presencia de fenómenos paranormales. Por ejemplo, ante la foto de un adolescente torvo en un paraje desierto, decía:

—Este chico salteño, analfabeto, movía cosas con la mente. Un comisario fue a buscarlo: una lluvia de piedras lo mató.

Drech era amable con los que recién empezábamos. Nos enseñaba el oficio y nos entretenía con sus historias. Como se iba al mediodía, el trabajo de verdad no empezaba hasta que se marchaba, ya que escribía sus notas con dos dedos en quince minutos, y usaba el tiempo restante para conversar. En general sus relatos correspondían a viejos casos policiales, o a anécdotas del oficio, pero también contaba una historia que presentaba como un cuento árabe. Era el único relato de esa especie que contaba, y su repetición daba a entender que aquel cuento tenía un sentido especial para él. El cuento era este:

Un sultán, famoso por su crueldad, pierde un ojo en una batalla. Ordena que busquen al artesano más hábil

de todo el reino; sus hombres lo encuentran en un pueblo apartado y lo traen ante el sultán. Este le pide que le fabrique un ojo tan perfecto que no pueda distinguirse del verdadero. El artesano, sabiendo que su vida pende de un hilo, trabaja día y noche en la minuciosa esfera de cristal. Al cabo de muchos días presenta al sultán el fruto de su trabajo. Este le paga unas pocas monedas de oro y el artesano vuelve aliviado a su aldea. El dinero le importa menos que haber salvado su vida.

Pasan los años. Un día el sultán pasa por la aldea del artesano, que está siendo saqueada por sus hombres, y lo reconoce.

—Artesano, hace muchos años me hiciste un gran favor. Y a cambio de eso te haré una pregunta. Si la respondes correctamente, haré que mis hombres abandonen la aldea sin romper ni quemar nada más. Si respondes mal, ya no habrá aldea.

El artesano asiente en silencio y espera la pregunta.

—Mis dos ojos son tan semejantes que nadie sabe decir cuál es el verdadero, cuál el falso. Mírame. ¿Lo sabes tú?

A pesar del peligro que significa la respuesta, el artesano contesta de inmediato, señalando con el dedo:

—Ese es el ojo falso.

—La respuesta es correcta. ¿Cómo lo descubriste? —quiere saber el sultán.

—Porque en ese hay piedad.

Este era el cuento que contaba siempre Silvio Drech. De dónde lo sacó, nunca lo supe.

II

Entre los visitantes que recibía Drech en la redacción, el más asiduo y notable era el profesor Abestur. Aparentaba unos setenta y tantos años y vestía siempre un raído sobretodo marrón. Era bajo, calvo, grandes orejas separadas del cráneo. Llevaba siempre con él alguna carpeta llena de papeles amarillentos. Su único lujo era un anillo de oro con una gran piedra. Drech (sabiendo que disfrutábamos sus visitas) nos lo presentaba como a una gran eminencia y decía:

—El profesor recibió ese anillo de un obispo en persona, por servicios a la Iglesia que prefiere callar.

—Juré mantener el secreto —decía Abestur, solemne.

—Ustedes saben que el profesor pertenece a un grupo de cinco mentalistas que se hacen llamar los *intercesores*. Todos los meses se reúnen: ponen una rosa en un vaso de vidrio, se concentran veinte minutos...

—Diecisiete minutos exactos... —corregía Abestur.

—... y hacen marchitar la flor.

Una vez le pregunté, antes de que se marchara el profesor:

—¿Y usted, Drech, lo vio o lo cuenta de oídas?

—Algún día, si hago méritos suficientes, me van a invitar a la ceremonia —respondió con un guiño.

A veces el profesor mostraba las hojas que llevaba en la carpeta. Eran dibujos a carbonilla de borrosos edificios: construcciones con pinzas de cangrejo, largas patas de insectos acuáticos, alas de libélula, murallas de telaraña.

—El profesor recibe esas imágenes del futuro —decía, muy serio, Drech.

—En el futuro tal vez no haya diferencia entre naturaleza y arquitectura —explicaba el profesor—. Todo será uno y lo mismo.

Pero a veces sus propios dibujos lo llenaban de dudas:

—En realidad no sé si así serán los edificios del futuro, o si estos dibujos forman parte de un lenguaje.

—¿Cómo jeroglíficos? —le pregunté.

—Algo así. Alguien en el futuro ha encontrado la forma de enviarme a mí y a los otros intercesores estas imágenes a través de los sueños. Tal vez sean edificios reales, tal vez un lenguaje capaz de atravesar el tiempo.

Cuando podía, Drech le publicaba alguna de aquellas fantasías. Entre notas sobre divorcios escandalosos, peleas entre vedettes, cantantes sorprendidos con estrellitas en ascenso, las teorías estrambóticas de Abestur pasaban desapercibidas. A mí me encantaban esas notas, por descabelladas que fueran. Drech era el verdadero intercesor entre el ocultismo y nosotros: gracias a él, aquel mundo aparecía rodeado de un aura de genuino misterio, y cuando leíamos sus notas, ya no éramos cínicos enfrentados a charlatanes, sino niños ejercitando el don de la curiosidad.

La editorial Libra era un anacronismo viviente. Sus revistas, algunas nacidas en la década de los cuarenta, no encontraban nuevos lectores. Las revistas fueron cerrando una por una, y al final la editorial entera fue a la quiebra. Para entonces, yo ya estaba afuera. Con los años, Drech llevó su entusiasmo y sus teorías a la televisión. Una mañana abrí el diario y vi su foto y la noticia de su muerte. Del profesor Abestur nada volví a saber, hasta el año pasado.

III

Era julio. Estaba caminando por Callao rumbo a Avenida de Mayo cuando vi a Abestur, con el abrigo raído de siempre. Si el mismo Drech, tan lleno de vitalidad, había muerto poco tiempo antes, ¿cómo podía vivir él, Abestur, que veinticinco años atrás ya era viejo? ¿Pertenecía realmente a una raza de inmortales?

Lo detuve y lo saludé. Por supuesto no se acordaba de mí, y me miró con alarma, hasta que el nombre de Drech lo tranquilizó. Fue como pronunciar una palabra mágica. Me señaló la confitería de la esquina del Congreso y casi me empujó para que entrara. Nos sentamos junto a la ventana. Enfrente, la clausurada confitería El Molino mostraba todavía su persistente esplendor bajo la capa de hollín y de papeles pegados. Pedí un cortado y él, un café con leche y un sándwich de queso. Me alegró ver que pese a los años de previsibles privaciones no había empeñado el anillo del obispo.

—Pobre Drech, querido amigo —dijo.

Le señalé que todavía seguía llevando la misma carpeta.

—Nunca me separo de mis papeles. No quiero que caigan en manos extrañas.

Abrió la carpeta. Edificios-cangrejos, edificios-libélulas, laberintos de telaraña. No importaba el paso del tiempo: en las profecías de Abestur no había lugar para la novedad.

—Estos dibujos están muy lejos de expresar mis descubrimientos. No le dan una idea clara. Ya he trascendido esa duda que tenía entre ciudad y lenguaje.

Ciudad y lenguaje son uno y lo mismo. Es algo difícil de explicar. Por eso en casa he estado construyendo una maqueta de esta ciudad. ¿No quiere venir a verla? Usted puede servirme de intérprete ante la prensa. Vivo acá cerca, en Barracas...

Imaginé un cuarto sórdido, una maqueta hecha con cajas de remedios y papel de diario pegado con engrudo. No era el mejor programa. Le dije que estaba muy ocupado, que tal vez otro día. Decepcionado, pidió otro sándwich. Calculé mentalmente si lo que llevaba en la billetera alcanzaría a pagar aquel apetito insaciable. Un vendedor ambulante dejó sobre la mesa un set de biromes de colores; una niña, una rosa envuelta en celofán. Abestur apartó con violencia la rosa y las biromes, como si pudieran contaminar sus papeles amarillentos. Aquellos dibujos, que alguna vez me habían interesado, ahora me producían una desagradable impresión de encierro y locura. Para romper el incómodo silencio le dije:

—¿Se acuerda del cuento de Drech? ¿El del ojo de cristal?

—Sí, claro. Me lo contó varias veces. Un cuento oriental. Hay mucha sabiduría encerrada en las viejas fábulas.

—Tantas horas hablando con Drech y nunca le pregunté por qué contaba ese cuento.

El profesor pareció indignado.

—¿No lo comprendió, a pesar de los años? ¿Cómo puede no comprenderlo? El cuento es claro: no debemos preocuparnos por diferenciar lo verdadero de lo falso, sino el bien del mal. Entre lo que saben los intelectuales, como usted, y lo que sabemos los iniciados, como yo, hay un abismo.

Cerró su carpeta, borrando de mi vista su ciudad futura y portátil, y se marchó apurado, como si en algún sitio quedara para él una espera, una urgencia, una obligación. Su brusca y ofendida partida fue la confirmación de mi desatino. ¿Por qué le había hablado? ¿Por qué no lo había dejado pasar a mi lado sin decir nada? Silvio Drech había sido el verdadero intercesor. Mientras estaba él, aquel mundo de charlatanes y magos conservaba su encanto y su inocencia. Sin él, solo había mentira y desesperación.

Habíamos estado juntos poco más de quince minutos, pero la charla me había dejado sin ánimo y sentí el deseo urgente de volver a casa. El vendedor ambulante pasó por la mesa a recoger sus biromes de colores. Antes de pagar la cuenta quise devolver a la niña la rosa envuelta en celofán, pero la flor se hizo polvo entre mis dedos.

La jaula del dragón

El dragón era un animal que vivía en las montañas y en los ríos. Era un animal muy grande y fuerte. Tenía una cabeza con cuernos y una cola larga. Era muy peligroso y nadie se atrevía a acercarse a él.

Un día, un campesino fue a trabajar a un campo. Cuando estaba trabajando, se dio cuenta de que había un agujero en la tierra. Se acercó a verlo y vio que era una jaula. En la jaula había un dragón. El dragón estaba muy triste y miraba al campesino con ojos grandes.

El campesino se asustó mucho y corrió a casa. Contó a su familia lo que había pasado. Ellos también se asustaron y decidieron ir a ver al dragón. Cuando llegaron, el dragón les dijo que estaba triste porque estaba encerrado en la jaula. Les pidió que lo ayudaran a escapar.

La casa del señor Furo es inmensa, los terrenos que la rodean alcanzan la orilla de los pantanos. Cerca de la casa está su zoológico privado, cuyas jaulas de hierro forjado repiten la forma del animal que las habita.

El señor Furo contrata a dos calígrafos, Marino y Silvio, para escribir en grandes cuadernos azules el catálogo de sus colecciones. Durante un año, Silvio y Marino trabajan en la enumeración de joyas, de pinturas, plantaciones de café, minas de cobre, soldados de plomo, retratos al óleo de mujeres que Furo dice haber olvidado.

Silvio trabaja con serenidad; Marino, con apuro, como para probar su eficacia, quizás porque ha descubierto que Furo no tiene herederos. Esta prisa lo lleva a cometer algunos errores: un cuadro de Bandeus anotado como De Venturi, un anaquel de la biblioteca (correspondientes a naturalistas del siglo xvii) ignorado por completo. Silvio no se preocupa por competir con Marino: sabe que el apuro es inútil, que nunca

se agotarán las pertenencias de Furo, que sus agentes siguen buscando rarezas por el mundo.

Llega el día de catalogar las jaulas y los animales. Furo, que nunca sale de la casa, se asoma a los cuadernos y descubre que una de las jaulas ha estado siempre vacía. Es la jaula del dragón.

Marino le explica que los dragones no existen. Furo no comparte esa opinión y le pide a Silvio que parta en busca de un dragón, aunque tenga que recorrer el mundo. Silvio tampoco cree en dragones, pero en toda su vida hizo un único viaje, desde su pueblo hasta la mansión de Furo. Existen tantas cosas en el mundo que ignora que bien podría haber entre ellas un dragón.

Furo propone un trato: si Silvio vuelve con el dragón, se convertirá en su heredero. Si regresa con las manos vacías, Marino se quedará con todo.

Silvio parte sin que nadie lo advierta. A los tres meses el señor recibe una postal de un puerto caribeño; tiempo después, un envío del Himalaya. Furo envía giros a distintos puertos para que Silvio no se quede sin dinero y pueda seguir viajando, si es preciso, durante años. De tanto en tanto envía señales: mapas que indican la presencia de dragones, páginas arrancadas de libros escritos en lenguas desconocidas, transcripciones minuciosas de conversaciones casuales. Hay noticias esporádicas: persigue una feria de atracciones por el oeste de Norteamérica, naufraga en un río del Amazonas, enferma de malaria. La fiebre lo lleva a escribir largas cartas incomprensibles: en sus sueños oye las palabras del dragón que lo espera.

Pasa un año sin que se vuelva a recibir otra señal. Marino intenta convencer a Furo de que Silvio lo ha estafado, de que se ha dado la buena vida por el mundo y que ahora ha decidido abandonar el juego. Furo teme que Silvio haya muerto: sus agentes no lo encuentran por ninguna parte. Hace construir un cenotafio en el jardín, como los que recuerdan a los navegantes tragados por el mar. Marino, cada vez que pasa, echa un puñado de arena sobre la lápida, con la esperanza de que algún día la piedra con el nombre de su rival acabe por ser sepultada.

Marino ha conseguido una participación cada vez mayor en los negocios de Furo, pero sus torpezas provocan descalabros financieros. Mes tras mes las riquezas desaparecen, las plantaciones y las minas se venden, se cierran las cuentas en bancos que a su vez se hunden.

Cuando las cartas de Silvio vuelven a aparecer, Furo ya no es el hombre más rico del país. Comienzan a venderse los heterogéneos tesoros a precios irrisorios, porque esa galería de curiosidades solo podría interesar a una clase de coleccionistas que ya no existe. A espaldas de su señor, Marino le envía un cablegrama a Silvio: ya no se le enviará más dinero. Silvio responde: continuaré por mi cuenta.

Pasa otro año. Los animales del zoológico mueren y son enterrados cerca de las jaulas. La última en morir es la pantera atigrada. Furo enferma: no le extraña que todo se extinga a su alrededor mientras él se extingue; le parece que el mundo se ha tomado la molestia de acompañarlo en su tránsito.

Marino está seguro de que a Furo le queda poco tiempo de vida. Desesperado, lo presiona para que firme el testamento. Una noche de tormenta, Furo, cansado, acepta el hecho de que Silvio no regresará, que nunca traerá ningún dragón. Cuando está por firmar descubre, afuera, en la oscuridad, la luz de una linterna. Entra Silvio, avejentado, empapado, quemado por el sol, más musculoso que en los tiempos en que era un calígrafo pero a la vez un poco más débil, como si escondiera una herida. "Lo traje", dice, pero no hay triunfo en la voz, sino apenas sorpresa porque ha terminado algo que creía interminable.

Silvio les advierte del peligro: la bestia que trajo se asustó con la tormenta y escapó de la precaria jaula. Ahora vaga hambrienta por los jardines. Marino declara que todo es un fraude, y sale en medio de la lluvia para probar que afuera no hay nada.

"Ha ganado la herencia", le dice Furo a Silvio. Pero no hay nada para heredar, excepto el dragón.

Silvio pide permiso para ocupar su antiguo puesto. Arranca las telarañas de su pluma y su tintero y se dispone a escribir. Oye, confundido con los truenos, un grito de agonía. Antes de ser vencido por el cansancio, escribe lentamente, en el cuaderno polvoriento, la palabra *dragón*.

Un sábado de febrero de 1982 entré en la peluquería que estaba enfrente de mi casa. Los peluqueros eran dos: Alberto y Luigi. Alberto era argentino y cortaba muy bien. Luigi era italiano (había venido a Buenos Aires en 1946, meses después del fin de la guerra) y cortaba muy mal. Todos los clientes querían atenderse con Alberto. Yo con Luigi, para no tener que esperar. Esa mañana pasé frente a los tres clientes que esperaban a Alberto y me senté en el sillón siempre vacío de Luigi:

—Rapado, por favor.

—¿Rapado?

—Me llegó la carta del servicio militar. El lunes tengo que presentarme en el cuartel.

Entre peluqueros y clientes hubo un murmullo equidistante entre la compasión y un vago orgullo viril, del tipo “en la colimba se hacen los hombres”. Pero pronto la conversación volvió a su cauce natural: el fútbol.

Alberto hablaba todo el tiempo, siempre de Independiente. Luigi no hablaba nunca, excepto

cuando decía su frase de cabecera. Gramaticalmente eran tres frases, pero podemos considerarla solo una. Todos los pequeños problemas y preocupaciones de los clientes quedaban aplastados por esa sentencia. ¿Quién se hubiera atrevido a discutirle? La charla interminable de Alberto nos hablaba de los pequeños placeres y percances que hacen nuestra vida. La frase única de Luigi nos recordaba el feroz peso de la Historia. Había que escuchar a uno y a otro para tener una mirada equilibrada sobre el significado de las cosas.

Esa mañana alguien se quejó de cuánto costaba la platea en River y agregó que no podía llegar a fin de mes, aunque febrero fuera tan corto. Alberto suspiró con fastidio: ese paso del fútbol a la realidad le iba a dar pie a Luigi para salir de su silencio y decir su frase, que desanimaba a todo el mundo. Así fue. Luigi, sin apartar sus ojos de mi ya despoblada cabeza, dejó caer su sentencia de siempre:

—Ustedes no saben lo que es el hambre. Ustedes no saben lo que es el frío. Ustedes no saben lo que es la guerra.

Silencio. ¿Qué podíamos decir nosotros, los que no conocíamos el hambre, el frío, la guerra? Pronto Alberto tiró el nombre de algún defensor de Independiente y la conversación revivió.

El lunes siguiente antes del amanecer fui en tren hasta el cuartel, en Ciudadela. Era el GADA 101. Ya no existe. GADA quería decir Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea. Debíamos ser unos doscientos. La mayoría nos habíamos rapado, y otros tuvieron que pasar por los

peluqueros del ejército, tres soldados clase 62 que se enseñaban con los novatos. Nos entregaron un bolso grande, un uniforme de combate (color verde), un uniforme de fajina (color marrón), un par de zapatillas Flecha y un equipo de vajilla de aluminio, abollado por generaciones de soldados. Cuando nos llevaron a elegir borcegués, los que quedaban eran muy chicos o muy grandes. Tuve que elegir un 45, cuatro números más grandes que mi pie.

—Rápido, señoritas, rápido —alentaba un cabo.

Nos llevaron en camiones hasta un campo en Ingeniero Maschwitz. Nos separaron en dos grandes grupos y estos a su vez en pelotones de ocho soldados cada uno. Armamos las carpas de lona vieja bajo unos altos eucaliptos.

El segundo día me hice amigo de Aguirre, que vivía en Flores y al que también, como a mí, le gustaban los libros. No podíamos leer, por supuesto, pero al menos podíamos conversar de los libros que habíamos leído. Una mañana le señalé a dos soldados que yacían en el suelo, a unos veinte metros del campamento. Estaban boca arriba, las manos y los pies separados y atados a estacas, como en una ilustración del *Martín Fierro*. Aguirre dijo que si él tenía que pasar todo el día al sol, inmóvil, con las hormigas caminándole por la cara, se moría. Pero entonces se oyó una voz serena y segura.

—Esos dos son clase 62. A nosotros no nos pueden estaquear.

—¿Por qué no?

—Somos clase 63, técnicamente no somos soldados, somos reclutas. Nos vamos a convertir en soldados

recién el 20 de junio, cuando juremos la bandera. Entonces sí van a poder estaquearnos.

El que hablaba era Pedro Lanes. Más alto que Aguirre y yo, lo que no quiere decir que fuera alto. Era uno de los pocos que había terminado el secundario, y pensaba estudiar para contador.

De otros castigos, según aprendimos los días siguientes, no podíamos escapar: cavar pozos en medio de la noche, recibir patadas de cabos y sargentos, aplaudir cardos. Pero Lanes nunca tomaba aquellas cosas como algo personal:

—Es una parte de la vida. Se pasa.

Una tarde, en un milagroso minuto de paz, mientras cosíamos las medias rotas y reponíamos botones caídos, Lanes nos preguntó con aire confidencial a Aguirre y a mí:

—¿Se anotaron entre los voluntarios para el curso?

—¿Qué curso?

—Cañones antiaéreos. Empieza apenas volvamos al cuartel.

Nadie nos había hablado de nada. Aguirre susurró:

—Mi padre me dio un consejo: “Nunca seas voluntario para nada. Nunca confíes en ellos. Que no se den cuenta de que existís”.

—Yo tengo mis razones para aceptar —dijo Lanes—. Las prácticas de fuego antiaéreo se hacen en el grupo de artillería de Mar del Plata. En Ciudadela no tienen campos de tiro, ahí sí. Sueltan unos grandes globos y les disparan con los cañones. Si acertás, te premian con días de franco.

—¿Y con eso qué? —preguntó Aguirre.

—Quiero conocer Mar del Plata.

Un sargento llamó a Aguirre para que fuera a la cocina a pelar papas. Lanes dijo en voz baja, concentrado en el hilo y la aguja:

—Yo nunca vi el mar.

Me pareció milagroso que hubiera algo que no conociera y yo sí, algo frente a lo cual no sintiera esa alarmante familiaridad con la que caminaba por la vida.

Durante un mes habíamos llevado los fusiles desde el amanecer hasta la noche. Llegó el día en que hubo que llenar los cargadores. Nos repartieron veinte balas a cada uno. Marchamos una hora hasta llegar al campo de tiro. Primero con la rodilla en tierra y luego echados sobre el suelo le disparamos, con viejos y averiados FALS de fabricación belga, a lejanos blancos. Un teniente felicitó a Lanes, que había sido el mejor tirador de la compañía.

Al día siguiente volvimos al campo de tiro, esta vez para disparar con pistolas. Pero nunca llegamos a hacerlo. Desde temprano oficiales y suboficiales habían estado conversando entre ellos. En todo el día nadie nos había insultado ni pateado. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué de pronto nos trataban sin furia ni desprecio, como si el invisible pecado que nos había llevado hasta allí hubiera sido perdonado?

Con Aguirre consultamos a Lanes, que todo lo sabía.

—Acabamos de tomar Malvinas.

—¿Qué?

—Lo que oyen. Se suspende todo.

—¿La práctica de tiro?

Nos miró como a niños:

—La instrucción, el campamento, todo. Volvemos al cuartel.

Uno de los subtenientes que estaban a cargo de nuestra compañía nos reunió y confirmó la versión de Lanes. Dio una pequeña arenga, pero se notaba que estaba nervioso. Otros oficiales, en cambio, lucían exaltados, se abrazaban y reían. En silencio volvimos al campamento. Desarmamos las carpas y subimos a los camiones. Cuando partimos, ya era de noche.

Mientras en las tapas de los diarios y en la televisión solo había noticias de triunfos, en el cuartel había constantes rumores de desastres y de muertes. No podíamos saber nada con certeza: no lo teníamos a Lanes. Todos los que estaban aprendiendo a manejar los cañones antiaéreos habían sido movilizados.

Poco después de la rendición me dieron la baja, igual que a casi todos los soldados del país. Volví a la vida civil, dejé de afeitarme y de cortarme el pelo. Ya había empezado la primavera cuando me encontré en la calle con Aguirre. Antes de que tuviera tiempo de preguntar, me dio la mala noticia: Lanes había muerto durante uno de los últimos ataques ingleses, en las afueras de Puerto Argentino.

—Fue poco antes de la rendición, en medio de una retirada. Días antes habían estado tirándoles a los aviones ingleses. Cuando los proyectiles daban en el blanco, no estallaban. Toda la munición estaba arruinada. Lanes y un soldado clase 62 quedaron en

la retaguardia. Estaban terminando de levantar los equipos cuando una bomba los alcanzó.

Yo tenía diecinueve años: no pensé en padres o hermanos, no pensé en la red que une a cada uno con los demás, en el daño de una muerte en otras vidas. Ni siquiera pensé en el otro caído, el soldado clase 62. Pensé en la muerte de Lanes como un hecho aislado, como si hubiera ocurrido en el interior de un laboratorio, o en la superficie de un planeta distante.

Con Lanes la frase del peluquero Luigi no se cumplía. Él sí había conocido el hambre, el frío y la guerra.

—Le dije que no se ofreciera de voluntario para el curso —dijo de pronto Aguirre—. Que nunca confiara en ellos. Él, que sabía todo, ¿cómo no sabía eso? ¿Por qué aceptó?

La pregunta no era para mí. No era para nadie. Igual respondí:

—Quería conocer el mar.

El piso de arriba

El piso de arriba era un mundo aparte. Allí, en la penumbra de los pasillos y en el silencio de las habitaciones, se escondían historias que nadie quería contar. Era un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido, donde cada objeto tenía un secreto y cada sombra escondía un dolor. Los pasos que se oían en la noche eran como golpes de martillo sobre un corazón que ya no latía. Allí, en el piso de arriba, se vivía una vida que era un susurro en comparación con la del mundo de abajo.

El piso de arriba era un mundo aparte. Allí, en la penumbra de los pasillos y en el silencio de las habitaciones, se escondían historias que nadie quería contar. Era un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido, donde cada objeto tenía un secreto y cada sombra escondía un dolor. Los pasos que se oían en la noche eran como golpes de martillo sobre un corazón que ya no latía. Allí, en el piso de arriba, se vivía una vida que era un susurro en comparación con la del mundo de abajo.

La señora Rojo miró a su hijo. Matías tenía el labio partido y la sangre le había manchado el guardapolvo. La secretaria de la escuela le tendió una caja de pañuelos de papel, pero la señora Rojo la rechazó. En los momentos de crisis, siempre hay alguien que tiende una caja de pañuelos de papel.

—Puede pasar, si quiere hablar con la directora —dijo la secretaria.

La señora Rojo tomó de la mano a su hijo, pero la secretaria intervino:

—Mejor que Matías se quede acá, así charlan tranquilas.

La señora Rojo pasó a la dirección. En un rincón estaba la bandera de ceremonias. En la pared, un retrato de San Martín, ya viejo y envuelto en una capa. En una vitrina, trofeos de torneos escolares. La directora parecía recién venida de la peluquería, con claritos y todo; en cambio ella había salido a la calle sin tiempo para peinarse. La directora le sonrió y la invitó a sentarse.

—No quiero sentarme —dijo la señora Rojo—. Es la tercera vez que ese chico Verón le pega a mi hijo. La semana pasada lo empujó por las escaleras. Le lleva una cabeza, pesa el doble. Un día lo va a matar. ¿Qué esperan para cambiarlo de escuela?

La directora juntó sus muñecas, como si las tuviera esposadas.

—Atada de pies y manos, señora Rojo. No es tan sencillo. ¿Sabe los trámites que hay que hacer para cambiar a un chico de escuela?

—Verón es un chico violento.

—No hay que estigmatizarlo. Tenga en cuenta que viene con muchos problemas familiares.

—El mío también tiene problemas familiares. Este año nos cambiamos de ciudad. Casa nueva, colegio nuevo, ciudad nueva. Y no pasa un día sin que Verón le pegue.

—Lo que pasa es que Verón tiene necesidad de comunicarse.

—Que le compren un celular.

—Los varones son muy físicos. Se expresan con el cuerpo.

—Yo me voy a expresar con una denuncia en el distrito escolar.

La directora dio un respingo en la silla.

—Tenga en cuenta que Matías es nuevo, tiene que adaptarse, hacerse conocer. Déjeme hablar con los padres del otro alumno y con la psicopedagoga. Alguna solución encontraremos —dijo la directora.

Había algo en el tono que abarcaba siglos y distancias: si los grandes imperios del mundo habían caído, si

las lejanas estrellas terminarían por apagarse, por qué no se iba a disolver aquel pequeño problema escolar.

—Hable con quien quiera, pero no deje que Verón le vuelva a pegar. Ya tenemos problemas suficientes. Matías no duerme una sola noche entera por...

La señora Rojo se mordió el labio. No quería que fuera precisamente su hijo el que apareciera como problemático.

—¿Por qué no puede dormir su hijo, señora Rojo? —preguntó la directora.

—Porque sabe que al día siguiente lo tiene que ver a Verón.

La señora Rojo salió de la dirección, tomó de la mano a su hijo y se lo llevó.

El señor Rojo llegó tarde, después de que Matías se hubiera ido a la cama. Su esposa le calentó un poco de sopa de verduras en la hornalla y una pata de pollo en el microondas.

—Verón le partió el labio —dijo la señora Rojo.

Su marido quiso indignarse, pero estaba demasiado cansado.

—Tendríamos que cambiarlo de colegio.

—Ya cambiamos de ciudad, de casa y de colegio, no quiero cambiar de nuevo.

—Es que Matías es muy callado. Tal vez si fuera más sociable...

—¿Vos también pensás que si le pegan es porque él tiene la culpa?

—No quiero decir eso. Pero está tan encerrado en sí mismo. Y además esos miedos...

Señaló con su índice el piso de arriba.

El señor Rojo se levantó en mitad de la noche para tomar agua. Su esposa siempre le ponía demasiada sal al pollo. Cuando volvía a la cama se encontró a su hijo parado frente a él, en el pasillo. El pijama azul estaba mal abotonado.

—¿Te desperté? —le preguntó el padre, mientras ponía en orden ojales y botones.

—Vos no.

—¿Seguro?

Matías señaló el cielo raso.

Su padre suspiró:

—No hay nadie en el piso de arriba. Ya te lo expliqué. Está vacío.

—Escucho pasos. Y una voz.

Se señaló la oreja izquierda.

—Una voz que me habla, pero no entiendo lo que dice.

—No hay nadie. Vivía un señor, pero se murió. El portero ya nos explicó.

—Te digo que hay alguien en el piso de arriba.

El señor Rojo lo guio de la mano hasta su cuarto.

—Mañana le voy a pedir la llave al portero. Así ves con tus propios ojos que el departamento de arriba está vacío.

Matías asintió gravemente y se fue a dormir.

El sábado por la mañana el señor Rojo tomó a su hijo de la mano y lo llevó por las escaleras hacia el piso de arriba. El portero iba detrás. Había dos departamentos en el piso.

—Los dos están vacíos —explicó el portero, mientras buscaba la llave correcta—. Al B le tienen que hacer unas refacciones. Y el A está vacío desde hace cinco meses, cuando el señor Minelli falleció.

—¿Oíste? Vacío —repitió el señor Rojo—, v-a-c-í-o.

—No está vacío —dijo Matías, y se llevó la mano a la oreja izquierda.

El portero abrió la puerta. Llegó un aire a ropa húmeda y flores muertas. Levantó las persianas de madera. Sábanas polvorientas cubrían los muebles. En las paredes, láminas antiguas: escenas de batallas, de cañones de hierro, de soldados posando con uniformes relucientes.

—El mes que viene llega una prima de España para vender todo —dijo el portero.

—¿Y no puede ser que algún otro familiar visite la casa? Eso explicaría los pasos que escuchó Matías.

—Imposible. El único familiar es esta prima y está en España. El señor Minelli, como ya le dije, murió hace cinco meses. Tuvo un ataque y quedó tirado en el piso. Parece que llamó y llamó, pero nadie lo oyó: todo el mundo estaba de vacaciones.

Entonces ocurrió algo que sorprendió al señor Rojo: Matías, en lugar de asustarse, recorrió el departamento. Iba de un cuarto a otro. Miraba los cuadros. Tocaba los muebles amortajados.

El portero habló en voz baja para que Matías no oyera. Matías, capaz de oír pasos y voces que provenían de un departamento vacío, lo oyó sin dificultad:

—Es espantoso decirlo, pero Minelli murió de sed.

—¿De sed?

—Se deshidrató. No podía moverse. Nadie escuchó sus gritos.

—Pobre hombre... —dijo el señor Rojo.

—Nada de pobre. Era una mala persona, si me permite la opinión. Un hombre terriblemente malo. ¿Sabe a qué se dedicaba? Visitaba museos y bibliotecas arrancando de los libros láminas, grabados, que luego vendía a clientes europeos. Y no solo arrancaba páginas de los libros...

—¿Qué quiere decir?

—A un anticuario que se negó a pagarle lo prometido, le arrancó el lóbulo de la oreja de un mordisco. Era un hombre realmente malo.

El señor Rojo curioseó los grabados de las paredes. Tal vez le compraría algo a la prima que venía de España. No, mejor no: eso podría traer malos recuerdos a Matías.

El portero esperaba impaciente junto a la puerta. El señor Rojo llamó a su hijo, pero no le respondió. Lo encontró en el dormitorio, tendido sobre un horrible acolchado de flores violetas. Se había quedado dormido.

El jueves siguiente Matías volvió de la escuela con la solapa del guardapolvo colgando y un moretón en el pómulo derecho. La señora Rojo prefirió no preguntar qué había pasado. De todos modos ya había hecho la denuncia en el distrito escolar, y el asunto, aunque lento, avanzaba.

Matías dijo que no quería ir más a la escuela: su madre le respondió que iría igual. Estaban librando una

guerra contra la directora, contra Verón, contra los padres de Verón, y ella no daría el brazo al torcer.

El viernes a la mañana, cuando la señora Rojo fue a despertar a su hijo, Matías no estaba en la cama. Se alegró de que su hubiera levantado solo. La luz del baño estaba encendida y se oía correr el agua de la canilla. Como pasó un rato sin que tuviera noticias de su hijo y era hora de desayunar, abrió la puerta. El baño estaba vacío.

Buscó a su hijo por toda la casa. No estaba. Fue a despertar a su marido.

Se vistieron con esa mezcla de ropa incongruente que la gente se pone en domingo y en emergencias y salieron a buscarlo por el edificio. Encontraron al portero en la entrada, limpiando una mesita del palier. Tenía manía por esa mesita que no servía para nada, la limpiaba todos los días.

—Estoy desde las siete. Por acá no pasó.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro.

Pero entonces una idea pasó por la cabeza del portero.

—Hoy dejé la puerta del séptimo A abierta, para que se ventilara un poco.

El señor y la señora Rojo tomaron el ascensor y golpearon la puerta del séptimo A mientras el portero buscaba la llave en un llavero que tenía una pelotita de rugby.

—Les aseguro que la dejé abierta.

—A lo mejor se cerró por una corriente de aire —dijo la señora Rojo.

Su esposo puso la oreja contra la puerta.

—Es Matías. Habla con alguien.

El hecho de que Matías estuviera encerrado con alguien desconocido alarmó a la señora Rojo, que le sacó las llaves al portero con tanto ímpetu que el llavero cayó al suelo. Antes de que el portero lo recuperara, la puerta se abrió. Matías se asomó con el aire de fastidio de quien es interrumpido mientras estaba haciendo algo importante. El señor Rojo tuvo por un instante la idea de que ahora Matías era el dueño de casa. A pesar de que el departamento se había ventilado, seguía el olor a humedad y flores muertas.

La madre lo abrazó y el padre le preguntó con quién había estado hablando. Matías respondió con firmeza:

—Con nadie.

El señor y la señora Rojo y el portero revisaron el departamento. Estaba vacío.

Comenzó una semana tranquila, porque Verón (igual que otros diez chicos de la primaria) se contagió la varicela.

El señor Rojo se sintió tentado a hacer una interpretación psicológica:

—Es evidente que el miedo al piso de arriba está vinculado a Verón. Sin Verón, Matías ya no oye pasos ni voces.

—Pero la varicela no es eterna —se lamentó la señora Rojo.

Pasó un mes de calma. Matías mejoró sus notas y dejó de hablar de Verón. La señora Rojo confiaba en que aquellos conflictos eran cosa del pasado. Pero una mañana recibió una llamada de la secretaria de la escuela:

—Ha ocurrido un incidente con su hijo.

—¿Verón? —preguntó la señora Rojo.

La secretaria tardó unos segundos en responder:

—Sí.

La señora Rojo tomó un taxi. Apenas entró en la oficina de la dirección vio a su hijo con el guardapolvo manchado de sangre. Aunque no vio ninguna herida, debía tratarse de algo importante, porque estaba manchado el frente del guardapolvo, el cuello, las mangas.

Esta vez la secretaria no le ofreció pañuelos de papel. La señora Rojo examinó a su hijo en busca del origen de toda esa sangre.

—No se preocupe —dijo la directora, ahora tan despeinada como ella—. No tiene nada.

—¿Nada? Mire esta sangre. ¿Le parece que esto no es nada?

Habían vuelto los golpes de Verón, y con los golpes volverían los temores nocturnos, la voz secreta, los pasos en el piso de arriba.

—¿Dónde está Verón? ¿Dónde está? —preguntó la señora Rojo, con los puños cerrados—. Yo misma me voy a encargar de ese animal.

La secretaria y la directora se miraron un momento, como si no supieran a quién le tocaba hablar.

—A Verón se lo llevó la ambulancia —dijo finalmente la directora—. Su hijo le arrancó la mitad de la oreja de un mordisco.

Comencé a coleccionar rompecabezas cuando tenía quince años. Hoy no hay nadie en esta ciudad –dicen– más hábil que yo para armar esos juegos que exigen paciencia y obsesión.

Cuando leí en el diario que habían asesinado a Nicolás Fabbri, adiviné que pronto me llamarían a declarar. Fabbri era director del Museo del Rompecabezas. Tuve razón: a las doce de la noche la llamada de un policía me citó al amanecer en las puertas del Museo.

Me recibió un detective alto, que me tendió la mano distraídamente, mientras decía su nombre en voz baja –Lainez– como si pronunciara una mala palabra. Le pregunté por la causa de la muerte.

–Veneno –dijo entre dientes.

Me llevó hasta la sala central del Museo, donde está el rompecabezas que representa el plano de la ciudad, con dibujos de edificios y monumentos. Mil veces había visto ese rompecabezas: nunca dejaba de maravillarme. Era tan complicado que parecía siempre nuevo, como si, a medida que la ciudad cambiaba,

manos secretas alteraran sus innumerables fragmentos. Noté que faltaba una pieza.

Lainez buscó en su bolsillo. Sacó un pañuelo, un cortaplumas, un dado, y al final apareció la pieza. Me la tendió.

—Encontramos a Fabbri muerto sobre el rompecabezas. Antes de morir arrancó esta pieza. Pensamos que quiso dejarnos una señal.

Miré la pieza. En ella se dibujaba el edificio de una biblioteca, sobre una calle angosta. Se leía, en letras diminutas, *pasaje La Piedad*.

—Sabemos que Fabbri tenía enemigos —dijo Lainez—. Coleccionistas resentidos, como Santandrea, varios contrabandistas de rompecabezas, hasta un ingeniero loco, constructor de juguetes, con el que se peleó una vez.

—Troyes —dije—. Lo recuerdo bien.

—También está Montaldo, el vicedirector del Museo, dispuesto a ascender a toda costa. ¿Relaciona a alguno de ellos con esa pieza?

Respondí que no.

Lainez me abrió la mano y señaló la pieza.

—¿Ve la *B* mayúscula, de *Biblioteca*? Pensamos que podía ser una señal. Detuvimos a Benveniste, el anticuario, pero tenía una buena coartada. También combinamos las letras de *La Piedad* buscando anagramas. Fue inútil. Por eso pensé en usted.

Le devolví la pieza y miré el rompecabezas: muchas veces había sentido vértigo ante lo minucioso de esa pasión, pero por primera vez sentí el peso de todas las horas inútiles. El gigantesco juego era un

monstruoso espejo en el que ahora me obligaban a reflejarme. Solo los hombres incompletos podíamos entregarnos a aquella locura. Encontré (sin buscarla, sin interesarme) la solución.

—Llega un momento en el que los coleccionistas ya no vemos las piezas. Jugamos en realidad con huecos, con espacios vacíos. No se preocupe por las inscripciones en la pieza que Fabbri arrancó: mire mejor la forma del hueco.

Lainez miró el punto vacío en la ciudad parcelada: la silueta del hueco recordaba vagamente a una *M*.

Montaldo fue arrestado de inmediato. En su casa encontraron restos del veneno que había usado para matar a Fabbri.

Desde entonces, cada mes me envía por correo un pequeño rompecabezas que fabrica en la prisión. Siempre descubro, al terminar de armarlo, la forma de una pieza ausente, y leo en el hueco la inicial de mi nombre.

Hotel Rembrandt

En abril de 1949 llegó a Buenos Aires Enrico Padula, un ingeniero italiano de treinta y cinco años. Lo habían contratado para hacer un puente en el sur de la provincia de Mendoza. Pero la obra se había retrasado y Padula se vio obligado a permanecer un mes en Buenos Aires. Como la empresa se ocupaba de los gastos, no se preocupó. Le gustaba la idea de pasear por la ciudad.

El ingeniero había perdido a su joven esposa el año anterior, a causa de una dolencia repentina. Había escapado de Milán porque en su ciudad todo le recordaba a su mujer. Se propuso como meta el olvido, y creyó que el viaje ayudaría a conseguirlo. Su deseo se cumplió, pero ya había dejado de ser un deseo. Ahora, en la ciudad desconocida, sentía con terror cómo iba perdiendo el color de sus ojos, el sonido de su voz.

Decidió alojarse en la Avenida de Mayo. El Cosmos era un hotel de aspecto sombrío, pero lo prefirió a otros más modernos, como si correspondiera a su estado de ánimo. En el hall había un tazón con frutas maduras,

peras y manzanas, y en el pasillo, sobre una mesita, un jarrón con ya marchitos jazmines. Le dieron una habitación amplia, con ventana a la calle, en el segundo piso.

La primera noche le costó dormir; recién a las tres de la mañana pudo cerrar los ojos, y entonces soñó con su mujer. Pero la soñó con tanta precisión que el sueño era un recuerdo. No la veía, pero oía su voz del otro lado de la puerta. Ella cantaba una canción napolitana, como hacía cuando creía que estaba sola. Sabía qué recuerdo era ese: una mañana él había salido rumbo a su trabajo, pero había tenido que volver a la casa porque se había olvidado las llaves de la oficina. Entonces la descubrió cantando, recién salida de la ducha y se quedó mirándola sin atreverse a respirar.

La experiencia se repitió las noches siguientes: apenas el canto del otro lado de la puerta. Era un sueño amargo y dulce a la vez. En la mesa del desayuno, frente a la taza blanca del café con leche, Enrico fue alternando la sonrisa y la desolación. De pronto un caballero alto, de barba entrecana, que acababa de entrar al comedor, se sentó en su mesa sin pedir permiso.

—Usted *recordó* —dijo con voz profunda, y sonó casi como una acusación. Luego agregó—: Me presento: Rodrigo Lagarza. Tal vez haya leído mis artículos en la página literaria de *La Nación*.

Pero al ingeniero Padula nunca le había interesado la literatura. Había leído algunos libros en la escuela, y en los largos veranos, pero no había pasado de *Corazón*, *El Corsario Negro*, *Los novios*. Dijo quién era, a qué se dedicaba.

—Al hotel Cosmos lo llaman hotel Recuerdo —siguió Lagarza—. Todos los que vienen aquí vienen a recordar. ¿Usted tuvo alguna experiencia?

Padula negó con la cabeza. Lagarza lo miró con desconfianza:

—No crea que es una fantasía de mi ocurrencia. Es un fenómeno científico. Cuando hicieron este edificio, utilizaron mucho cinc, por error. Usted, que es ingeniero, sabe que cuando en una construcción se utiliza cinc en cantidades excesivas el edificio pasa a ser lo que se llama técnicamente una estructura mnemónica.

—¿Una qué...?

—Una antena para captar recuerdos. Como usted habrá observado, todos los tónicos para la memoria se hacen con compuestos de cinc.

El ingeniero pensó que él nunca había observado nada semejante, que nunca se había puesto a pensar en esas cosas. Él construía puentes, escribía cartas a sus padres y lloraba por las noches.

—Además —siguió Lagarza—, dejan frutas maduras y a veces flores, porque los olores ayudan al recuerdo.

—¿Y usted, señor Lagarza, ha venido aquí para recordar? —preguntó Enrico en italiano.

—Vengo para recordar, sí, pero por un interés profesional. Estoy escribiendo la biografía de uno de nuestros grandes poetas nacionales, Martín Ignacio Dobral. De niño tuve la suerte de conocerlo, era un amigo de la casa. La última vez mi padre estaba en cama, y él se quedó conversando con mi madre y conmigo, en la cocina. En el momento de partir insistió en saludar a mi padre. Subió las escaleras y saludó desde el umbral:

“Considéreme un recuerdo anticipado, un recuerdo que viene a despedirse”. No dijo más. Esa noche tomó el tren a Luján y a la mañana siguiente, después de pasar la noche escribiendo cartas incomprensibles, se pegó un tiro. Al parecer una novia lo había abandonado.

—¿Y es esa última noche lo que quiere recordar?

—No, eso lo recuerdo sin ayuda. Ocurre lo siguiente: cuando él subió para saludar a mi padre, yo, que tenía diez años, descubrí un papel que sobresalía del bolsillo de su abrigo, colgado en un perchero. Y como era curioso y admiraba a Dobral, lo leí. Era un poema. En él trataba de evocar a la mujer que lo desvelaba. Él recordaba demasiado, pero creyó oportuno hacer, quizás como antídoto, un poema sobre el olvido. Ese poema nunca fue hallado, debió haberlo tirado desde la ventanilla del tren. Desde entonces he tratado de reconstruirlo. La primera estrofa la recordaba ya desde niño:

*La veía el domingo, primero la sonrisa
la mirada de almendra y la voz admirable.
La encontraba temprano, ella salía de misa
y yo volvía de una noche interminable.*

”La segunda fue apareciendo poco a poco, durante las primeras noches en este hotel:

*Nos vimos después en las tardes del verano
salía la Luna con prefijada inconstancia
y serena y gentil me guiaba de la mano
por el país secreto de su secreta infancia.*

”A partir de aquí todo fueron dificultades. Una noche entera para que una palabra apareciera. Pero a los tropezones llegué hasta el verso número doce:

*Vino luego esa noche que llamamos ausencia
y apodamos olvido. Lo vivido, borrado.
Me quedaba su nombre y me faltaba su esencia.*

Solo en sueños recibía el rostro amado.

”Hasta ahí llegué. Los dos últimos versos no aparecen, no hay caso. Tengo el soneto trunco.

—En sus sueños... o en sus recuerdos, ¿es él quien le dicta?

—No, cada noche veo el perchero de caoba, el abrigo raído, y saco el poema del bolsillo. A veces los versos están casi ilegibles, o algo me interrumpe antes de terminar. Ya he perdido la esperanza de obtener esos últimos versos. Para colmo me estoy quedando sin dinero.

Enrico Padula creyó que ahora venía un mangazo, y salió del comedor con el pretexto de un trámite urgente en el consulado.

Durante dos días no se cruzaron, porque Enrico acostumbraba desayunar más temprano que Lagarza, que a veces dormía hasta las doce. El ingeniero sentía un poco de envidia. El otro, aunque no pudiera llegar al final de su recuerdo, al menos había avanzado verso a verso; él en cambio siempre recordaba lo mismo. Noche tras noche lo visitaba la voz de su esposa, pero ella no se decidía a entrar. Se le ocurrió preguntar al conserje, un

asturiano bajito y callado, si había algún cuarto mejor que el suyo para recordar.

—Claro, hombre —dijo el asturiano—. Cuarto 325. El mejor de todos.

—¿Puedo tomarlo?

—Está ocupado. Siempre está ocupado. Ahora es el señor Lagarza el que vive en él.

Esa tarde recibió un telegrama de la empresa: que se presentara en Mendoza cuanto antes. Si quería ver a su esposa debía apurarse. A la mañana siguiente retrasó el desayuno hasta encontrarse con Lagarza. Apenas lo vio le propuso:

—Mi amigo: como usted habrá adivinado, le mentí. He estado recordando a mi difunta esposa. Pude recuperar su maravillosa voz, pero nunca entra en la habitación, nunca permite que la vea. Sé que su cuarto es el mejor del hotel. Quiero que intercambiamos cuartos por una noche. Le pagaré por el favor.

Al principio Lagarza se mostró reticente, pero cuando el italiano puso los billetes sobre la mesa aceptó.

—Dejaré mi equipaje, si no le importa —dijo, mientras contaba la plata.

Enrico se fue a la cama temprano. En un rincón estaba el baúl de Lagarza, más voluminoso que el suyo. Había tomado té de tilo para evitar que el cambio de cuarto y la ansiedad le trajeran insomnio. Pensó en su esposa, rezó un padrenuestro y un avemaría y se durmió.

A las diez de la mañana del día siguiente los dos caballeros se encontraron en la sala del desayuno.

Enrico ya había dejado su equipaje en el hall de entrada. En una hora partiría. Se sentaron junto a la ventana.

—¿Por qué tiene esa cara de tristeza? —quiso saber Lagarza.

—Ni siquiera oí su voz, como las otras noches. Estaba desolado. De pronto giró el picaporte. Le tendí los brazos a mi esposa. En cambio entró un hombre delgado, pálido. Cabello oscuro y desordenado, un traje negro, raído...

—¡Martín Ignacio Dobral!

—No le pregunté el nombre. Pero le hablé. Yo soy tímido en el aquí y ahora, pero conversador en los recuerdos, aunque sean ajenos. Le dije que esperaba ver a mi esposa. Que ya empezaba a olvidarla. Entonces él me respondió: “Confíate al sueño, que es también reminiscencia.

Y no al vano recuerdo, que es sueño equivocado”.

Y se marchó sin más.

Lagarza repitió para sí el mensaje y lo transcribió en el papel de los terrones de azúcar.

—¡Eran los versos que necesitaba! Enrico: gracias a usted he terminado el poema.

Efusivo, lo palmeó en la espalda. Pero su alegría contrastaba con la cara del italiano:

—Hice todo para verla. Y al final solo recibí un mensaje para usted. Habría que avisarles a los recuerdos cuando uno cambia de habitación.

Rodrigo Lagarza borró su sonrisa de triunfo, que le parecía vana frente a la decepción del otro:

—No crea, tal vez esos versos eran más para usted que para mí.

Enrico se repitió los versos, como si los considerara por primera vez. Pero de pronto lo asaltó una duda punzante. Le costó reconocer aquel aguijonazo que hacía tanto no sentía: eran los celos.

—Y al dormir en mi habitación, ¿no soñó con mi esposa? ¿No la oyó cantar? —En realidad el canto era lo que menos le importaba.

Lagarza lo miró impasible.

—No soñé nada. Salí a la noche, bebí más de lo debido, volví al amanecer.

La respuesta causó cierto alivio al italiano. Cuando bajó, listo para marcharse rumbo a la estación de tren, ya su ánimo era otro. Atravesó el hall, vio a Lagarza sentado en uno de los sillones de la entrada, y le hizo un saludo con la mano. El otro no lo vio. Leía el poema completo y silbaba feliz.

Enrico ya había atravesado las puertas del hotel Recuerdo cuando reconoció el silbido. Era la tonada napolitana que solía cantar su esposa cuando creía que estaba sola y que nadie la oía.

Zimmer siempre llevaba en los bolsillos del guardapolvo cajas de maní con chocolate. Lo conocí en primer año del bachillerato. Era bajito, flaco, pálido. Los profesores se impacientaban porque no tenía libros, ni carpeta, ni nada; y sin embargo aprobaba todas las materias sin mayor dificultad. Le prestábamos hojas y biromes: a cambio, Zimmer hacía resúmenes de la Revolución Francesa o de la extinción de los dinosaurios. Cuando los profesores devolvían las pruebas corregidas, todos mirábamos qué nota nos habíamos sacado: Zimmer doblaba la hoja en cuatro y se la metía en el bolsillo sin mirar.

La nuestra no fue una amistad a primera vista: durante dos años apenas nos hablamos, pero a fines de tercero, me pidió ayuda con un problema de matemática, la única materia en la que a veces tenía dificultad. El problema era largo de explicar, y lo invité a casa. Mientras extendíamos sobre la mesa de la cocina las hojas de carpeta, mi madre le preparó un café con leche y unas tostadas con manteca: Zimmer devoró todo, sin dejar

que escapara una sola miguita. Yo nunca había visto a nadie comer así: con alegría, impaciencia, desesperación.

Mi madre se quedó tan impresionada que le preparó un segundo café con leche, en las tazas grandes y blancas que teníamos por aquel entonces.

Zimmer agradeció respetuosamente y se abalanzó sobre la taza con tanto ímpetu que se volcó un poco de líquido sobre el guardapolvo.

—Sacátelo que te lo lavo.

—No es necesario, señora.

—Lo cuelgo en la terraza y se seca en media hora.

En aquellos tiempos nadie le decía que no a una madre, así que Zimmer, resignado, se sacó el guardapolvo, que conservaba un solo botón. A mi madre no le preocupaba la mancha de café con leche: le preocupaban todas las demás. El guardapolvo de Zimmer parecía haber atravesado los años sin haber conocido agua ni jabón. Antes de meterlo en el lavarropas mi madre vació los bolsillos: unas monedas, un cartucho de tinta, vacío, una caja de maní con chocolate, un programa del cine Losuar.

—Veo que te gusta el cine —dijo mi madre.

—El cine es mi vida —respondió seriamente.

—¿Y cuál es tu película favorita?

—*La guerra de las galaxias* —intervine yo. La habían estrenado recién y todo el mundo hablaba de Hans Solo y Dark Vader.

Zimmer ni siquiera me miró:

—Mi película favorita es *A la hora señalada*.

Mi madre se rio.

—Esa es una película de mi época. ¿Cómo puede gustarte?

—La vi cinco veces. Me gusta la escena en que la esposa salva al sheriff.

—Ah, Grace Kelly, qué belleza.

—Ella odia las armas. Pero cuando su marido está por morir, toma el revólver y dispara para salvarlo.

Mi madre se quedó en silencio, recordando la escena. Sentí una punzada de celos: mi madre y Zimmer estaban recordando con emoción ese momento, y yo ni siquiera había visto la película.

Un rato más tarde lo acompañé hasta la puerta de calle. Llevaba en la mano el guardapolvo, almidonado y con nuevos botones. Me dijo con gravedad:

—Esto no lo voy a olvidar.

—¿Qué cosa?

—Es la primera vez que alguien me invita a su casa.

A partir de entonces hablé con él mucho más seguido. Si se le preguntaba por los padres, o por su casa, respondía con evasivas, así que terminábamos hablando de películas. Parecía haberlo visto todo; desde los comienzos del cine hasta el último estreno. Yo no entendía cómo era que iba tanto al cine si todo su patrimonio se limitaba a unas pocas monedas y esas cajas de maní con chocolate que siempre llenaban sus bolsillos.

Nuestra amistad no llegaba a la confidencia, porque el cine se interponía entre nosotros. Si yo mencionaba alguna chica que me gustaba, él me hablaba de las curvas de Kim Novak, de Tippi Hedren aterrorizada por los pájaros, o de la tristeza que descubría en los ojos de Marilyn Monroe.

—Te confieso algo: Rita Hayworth nunca terminó de gustarme.

Claro: la Hayworth era pelirroja y la especialidad de Zimmer eran las rubias. Su favorita era Grace Kelly, la actriz que había dejado el cine para convertirse en la princesa de Mónaco.

Zimmer empezó a venir seguido a casa (a veces a merendar, otras a cenar) y cuando yo me cansaba de conversar de cine, mi madre hacía el relevo.

Una noche dejó, contra su costumbre, que lo acompañara unas cuadas. Pronto llegamos a la avenida Corrientes. Le pregunté qué se tomaba para ir a su casa. Dijo que no hacía falta tomar nada, que habíamos llegado. Pensé que me estaba haciendo una broma: estábamos en la puerta de un cine.

—Esta es mi casa —dijo.

—¿Acá vivís? ¿En un cine?

—No solo en este, en muchos otros también. Pero siempre de la calle Corrientes: los cines de Lavalle me caen mal. Nunca duermo dos días seguidos en un mismo lugar.

Y enseguida se perdió entre las apuradas parejas que iban a ver la última función de *La isla del doctor Moreau*.

Al lunes siguiente, en el colegio, Zimmer me estuvo evitando, arrepentido de su confesión. A la salida lo alcancé y lo forcé a retomar la conversación interrumpida.

—Entro a la última función y no salgo hasta la mañana siguiente, cuando hacen la limpieza. No tengo otro lugar donde dormir.

—¿Y tus padres?

—Mi padre se fue de casa hace mucho tiempo, casi no lo recuerdo. Mi madre murió hace tres años. Vivíamos en una pensión y cuando se me acabó la plata me tuve que ir. Tengo unos parientes en el campo: si no me las arreglaba solo hubiera terminado viviendo con ellos, o en algún orfanato. Prefiero los cines.

Le dije que le podríamos explicar el asunto a mi madre: alguna solución encontraría.

—Creeme: así estoy perfecto. Tengo algo de ropa en cada sala. Es como vivir en un hotel... pero cambiando de cuarto cada noche.

—¿Y cómo pagás las entradas?

—No pago. Mi madre fue la primera mujer proyectora. Empezó pasando películas en cines del interior de la provincia de Buenos Aires y después se vino a la Capital. Por eso le dieron un carnet para entrar a cualquier cine todas las veces que quisiera. Ese carnet es toda mi herencia. Tengo solamente que pagar unas monedas por los impuestos. Como los boleteros me conocen, en general me las perdonan. Una vez que se van, tengo todo el cine para mí. Trato de variar las salas donde dan películas viejas con las salas de estreno. A veces hago changas como acomodador. Entre eso, y las cajas de maní con chocolate que me regalan los vendedores de golosinas, puedo vivir.

Podía vivir. De ahí en más cada vez que noté en mí el virus de la compasión, me ponía a pensar en su orgullo, en su convicción. Podía vivir.

A nadie le dije jamás el secreto de Zimmer. Terminó quinto año, empecé la facultad. Una noche de invierno

me cité con una chica en un cine de la calle Corrientes. La chica tardaba en aparecer y yo miraba alternativamente la puerta y el reloj, la puerta y el reloj. De pronto apareció Zimmer. Hacía más de un año que no lo veía. Le tendí la mano y se echó un poco hacia atrás, con ese rechazo a cualquier contacto físico que siempre había tenido. Había crecido un poco, ya no vestía el guardapolvo blanco, y su ropa lucía mejor. Los zapatos -negros y con cordones- eran nuevos.

—¿Esperás a alguien? Si no, entremos: está por empezar.

—Espero a una chica —dije con naturalidad: era mi primera cita, pero quería fingirme acostumbrado—. ¿Y vos? ¿Estás saliendo con alguien?

—Sí, por suerte sí.

—Ya te notaba cambiado. ¿Cómo es?

—Vos sabés... siempre me gustaron las rubias.

No dijo más. Comenté de algunos compañeros con los que me había cruzado en alguna esquina del barrio: Vilani estudiaba ingeniería, Ledo estaba haciendo el servicio militar, en la Marina, Santomé... Me di cuenta de que Zimmer me miraba distraído, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—¿Quién era Santomé?

—¿En serio no te acordás? ¿Ya te olvidaste de todos nosotros?

Me miró a los ojos.

—No hables así. De vos me voy a acordar siempre. De vos, de tu mamá, de la comida de tu mamá, de esas tazas de café con leche, tan grandes. Pero de los otros, no. Es como recordar una película: uno se acuerda de las escenas importantes, no de los extras que pasan por ahí.

Llegó mi demorada cita, con vestido naranja con flores azules y el pelo mojado. Vanidoso, quise presentársela a Zimmer, pero había desaparecido en el interior de la sala.

En marzo de 1982 entré en el servicio militar. Estaba en una práctica de tiro cuando llegó la noticia del desembarco en Malvinas. Unos días más tarde nos enviaron a custodiar un edificio en el centro. Otros tenían frío, miedo, eran heridos o morían: no podía quejarme de conocer todas las variantes del aburrimiento. Hasta el día antes de la rendición se seguía hablando entre los soldados de un plan secreto que aseguraría la victoria. El plan secreto nunca ocurrió. En junio terminó la guerra y tres semanas después recibí la baja, al igual que miles de soldados de todo el país.

Ya había empezado a crecerme el pelo cuando me encontré con Zimmer, en una esquina del centro. Lo invité a tomar un café con leche.

—Te aviso que pago yo —me dijo. Buena señal: había mejorado su situación económica.

Entramos en La Giralda, y nos sentamos en una de las mesas de mármol, junto a la ventana.

Me contó que estaba viviendo en un departamento alquilado. Trabajaba de acomodador algunos días; de vez en cuando se ocupaba de la boletería.

—Pero te confieso algo: a veces me quedo a dormir en la sala, como en los viejos tiempos.

Era mi turno de contar: lo aburrí con mi paso por el servicio militar, después le dije que aquella chica que había esperado en el cine se había convertido

en mi novia. Y que había seguido llegando tarde, como aquella vez.

—Lo importante es que llegue —dijo él, con alarmante melancolía.

—¿Y vos? —pregunté, y ya me arrepentía de haber preguntado. Conversar con alguien no es una cosa automática, sencilla, natural: es una de las tareas más delicadas que nos reserva la vida.

—Yo también tuve una novia, ya sabés. Hace una semana exacta murió en un accidente de tránsito.

No supe qué decirle. Le palmeé el brazo, pero se echó hacia atrás, con su habitual rechazo a todo contacto.

—Tenés que haber visto la noticia: salió en todos los diarios.

No, no había visto nada.

Costó retomar la conversación. Lo dejé pagar, como habíamos convenido. Puso sobre la mesa los billetes chicos y las monedas de sus propinas. Cuando salimos a la vereda nos animamos: un poco por el aire fresco, y otro poco por la despedida.

—Saludos a tu madre. Decile que no me olvido de las tazas de café con leche, las comidas, la vez que lavó el guardapolvo. Algunas cosas son casi tan reales como las películas.

Volví a casa caminando. Trataba de imaginar la clase de novia que Zimmer podía haber tenido. Apenas llegué me puse a buscar en los diarios viejos, que se amontonaban en una silla del comedor diario, la noticia del accidente. Busqué en Información General, después en Policiales. Mi madre entró en ese momento.

—¿Qué estás buscando?

Le expliqué que me había encontrado con Zimmer, que su novia había muerto en un accidente de tránsito. Pero la noticia no aparecía en ningún lado.

Mi madre entendió todo de inmediato.

—Ahí está, en la tapa, ¿no ves?

Era verdad: la noticia estaba en primera página. El auto de Grace Kelly, la princesa de Mónaco, se había desbarrancado en un camino de montaña. La novia de Zimmer había muerto en el hospital, unas horas después.

El primer trabajo que tuve en mi vida fue en la Biblioteca Central. Mi uniforme era gris, para que no se notara el polvo de los libros. El uniforme incluía unos guantes de franela, que nunca usaba, a pesar de que en la biblioteca siempre hacía frío, y de que las sanguinarias pulgas del papel a menudo me picaban las manos.

Cada media hora recibía una canasta llena de papeletas con el nombre de los libros que debía buscar, y el código correspondiente. Yo partía entonces en su busca, y me iba hasta el fondo de los pasillos, o al sótano, o trepaba a altísimas escaleras. Cuando encontraba los libros los ponía en la canasta.

Ochoa, un veterano compañero de trabajo, me recomendó:

—No busques todos los libros que te piden. Si a los lectores les das todo, no valoran la lectura.

Ochoa usaba un sello que decía “No encontrado”. De cada tres papeletas que recibía, a una le estampaba

el sello sin siquiera molestarse en leer el título del libro buscado.

—Te aseguro que esto que yo hago es por amor a los libros. Así se gastan menos.

Cuando no había trabajo, me preparaba una taza de té con un calentador eléctrico y me quedaba en un rincón, leyendo. Una mañana Ochoa me descubrió:

—Cuidado con lo que lees: no sea cosa que en una de esas te encuentres con el Libro maldito.

Pensé que era una broma. Le pregunté qué era ese libro, no me quiso decir:

—Hablar del Libro maldito da mala suerte. Por las dudas, no abras un libro que no conozcas de antemano.

—Pero yo conozco muy poco.

—Entonces no abras ninguno.

Y se estaba yendo, como si la mera posibilidad de ver el libro lo asustara.

—Ochoa, ¿usted lo vio alguna vez el Libro maldito?

—Ni lo vi ni lo quiero ver.

Una tarde me quedé dormido leyendo: cuando me desperté habían apagado las luces y cerrado las puertas. Me resigné a pasar la noche en la biblioteca. En un armario encontré una vieja frazada; preparé un duro colchón hecho de libros, con almohada y todo, y me dormí hasta el amanecer.

Me desperté con dolor de espalda y me dispuse a desarmar mi improvisada cama. Entonces lo primero que vi fue el Libro maldito. Sin darme cuenta lo había usado de almohada. Era un volumen encuadernado en cuero. Alguien le había escrito con marcador grueso en

la tapa, tratando de imitar la letra gótica: Libro maldito. No estaba el nombre del autor.

Recordé el temor de mi compañero Ochoa. ¿Pero qué podía tener de malo un libro? Por las dudas, para abrirlo me puse los guantes de franela. Miré con curiosidad y luego con decepción su contenido, que no era más que una colección de hojas arrancadas de otros libros: un párrafo de una novela policial, hojas llenas de cálculos de algún manual de aritmética, planos de ciudades, páginas de la guía telefónica... El autor del Libro maldito había cultivado la heterogeneidad y el azar hasta completar quinientas o seiscientas páginas inútiles.

Dejé el libro en un estante cualquiera. Cuando llegó Ochoa le quise mostrar el Libro maldito, pero no lo encontré. Ochoa se persignó:

—Mejor. Yo no quiero arruinarme la vida.

Le expliqué que no era más que una colección de páginas arrancadas de otros libros: no había en él nada de valor ni de peligro. Ochoa me miró con desconfianza. Acostumbraba a tomarse licencia por cualquier motivo y esa vez faltó una semana entera. Al jefe le explicó que mi hallazgo del Libro maldito le había causado un pico de estrés.

Pero todos los crédulos, los supersticiosos, los Ochoa de este mundo siempre tienen razón. Desde entonces, cada vez que busco a alguien en la guía telefónica falta justo esa página, en los atlas nunca están los lugares adonde quiero ir y no puedo leer una novela policial sin temor a que el nombre del asesino me sea escamoteado en una página ausente.

La novela, que exige horas o días de lectura, cuenta el cambio que sufre una mínima parte del mundo: un hombre o una mujer. El cuento, que se lee en un rato, muestra cómo cambia el mundo entero. Por qué el cuento juega a ocuparse del corazón del mundo, y la novela del corazón de una persona, es un asunto difícil de explicar. Pero, en uno de sus brillantes artículos, Gilbert K. Chesterton nos da algunas pistas.

El artículo se llama "El teatro de juguete". En sus páginas Chesterton nos cuenta cómo armó un pequeño teatro de papel, con un San Jorge y un dragón como protagonistas. Y nos dice que, aunque mal dibujado, ese mínimo artefacto le sirvió para contar una historia ambiciosa. "Una cosa puede comprobarse como exacta en el teatro de juguete: que al reducir la escala de los acontecimientos se pueden introducir acontecimientos mucho mayores. Por ser pequeño, podría representar fácilmente el terremoto de Jamaica. Porque es pequeño, podría representar fácilmente el día del Juicio Final.

[...] No se pueden representar ideas muy grandes sino en espacios muy pequeños”.

El cuento es un teatro de papel: un escenario apenas insinuado, unos pocos personajes, una historia que los cobija y ordena. Una vez que comienza su breve función, orienta su delicado mecanismo hacia la sorpresa. Si es un cuento fantástico, esa sorpresa buscará la inquietud o el miedo. Y en su reducido escenario el mundo habrá de cambiar bajo el gobierno de dos leyes que no cambian: las cosas no son lo que parecen y todo resulta al revés de lo planeado.

Una buena parte de los cuentos de este libro son fantásticos, pero también asoman por ahí el policial y una atenuada ciencia ficción. El más viejo (“La jaula del dragón”) es del año ’91, y “La pieza ausente” debe ser de la misma época. Los más nuevos, “Trasnoche” y “El piso de arriba”, los acabo de escribir. El más largo (“Agua muerta”) es una reescritura de una novela que circuló solo en internet. Entre todas estas páginas hay una que no me pertenece, y es el cuento del sultán que aparece en “El intercesor”. Ese relato lo contaba con gracia inolvidable Enrique Sdrech, apasionado cronista de policiales (y del mundo de lo oculto). Nunca me dijo dónde lo había leído o quién se lo había contado.

Ahora que releo estos cuentos, advierto que está muy presente el cine de terror, insana pasión que nació en mí a los doce años. En esa época iba con dos amigos a un cine que pertenecía a una parroquia y que estaba

a la vuelta de mi casa. Había funciones solo los sábados a la noche y los domingos a la tarde. Los domingos el cine se llenaba, pero en las funciones de los sábados nunca había más de nueve o diez espectadores. Daban películas de terror en continuado hasta la una de la mañana.

Nunca sabíamos qué películas iban a dar hasta que llegábamos al cine. El afiche de la puerta era siempre el mismo: una mujer que gritaba. A ese prolongado grito se le superponían, a lo largo del año, muchos títulos distintos. La mujer gritaba una semana por un fantasma, la siguiente por un vampiro, y después por un monstruo acuático. Teníamos doce años y no íbamos a ver tal o cual película, el ritual era otro: íbamos al cine.

Una noche vimos una película que se llamaba “Cuentos de ultratumba”. Consistía en una serie de historias verdaderamente terroríficas: la primera se ocupaba de un asesino disfrazado de Papá Noel. Ya había pasado la mitad de la película cuando la cámara se detuvo en un cementerio de pueblo y luego en una tumba recién ocupada. Llovía, como suele llover en los cementerios del cine. De pronto una mano salió de la tumba. Nos asustó tanto que, sin decir palabra, los tres decidimos en el mismo instante que era hora de escapar. Unos días después el cine cerró sus puertas y quedó condenado a actos escolares y exhibiciones de gimnasia. Tal vez la mano no había salido de la tumba para asustarnos, sino para despedirnos.

Ahora sigo viendo películas de terror y también, de vez en cuando, escribo alguna historia de miedo, como “Agua muerta”, “El hombre de tiza” o “El piso

Índice

El hombre de tiza	5
El truco de la ballesta	15
El estuche del violín	27
El caballo de porcelana	37
Agua muerta	51
Malturian	101
La zona de influencia	109
El alumno nuevo	117
El intercesor	125
La jaula del dragón	137
Clase 63	145
El piso de arriba	155
La pieza ausente	167
Hotel Recuerdo	173
Trasnoche	185
El libro maldito	197
Epílogo	203